



4.7 ENE. 1976

cinegramas



*Franciska
jaal*

PROTAGONISTA DE
"FRUTA VERDE"

cinegramas

REVISTA SEMANAL

Director: A. VALERO DE BERNABÉ

AÑO 1 ————— NÚM. 3

23 de Septiembre de 1934



*Madeleine
Carroll*



Anafan



*Muriel
Ayrton*



*Bárbara
Pepper*

La producción nacional

CARBO ESPANOL



Hilda Moreno, protagonista de «La travesía molinera»



DE vez en cuando es conveniente volver la vista atrás. Hace unos días, pocos, los que van del número inicial de CINEGRAMAS a este de hoy, hablando—escribiendo—de «cine español», lamentábamos no haber visto nunca contestada la pregunta de cómo había de ser, de qué rumbos había de tomar nuestra producción cinematográfica para llegar a ser plenamente española.

El artículo se escribió. (Que nuestro buen deseo nos redima de sus muchos pecados.) Fué publicado. Y al leerle luego con esa mezcla de vanidad y temor con que se repasan siempre las cosas propias—el temor, pueril, a una errata vengadora, y la vanidad, casi femenina, de recrearnos en nuestra propia obra—, vinimos a caer en la cuenta de que aquel vacío que denunciábamos continuaba existiendo después de nuestro artículo. Es decir, que los lectores que pudieran habernos cabido en suerte podían seguir lamentándose de aquello mismo de que nos lamentábamos nosotros «aun después de habernos leído».

En lo más íntimo de nuestra con-

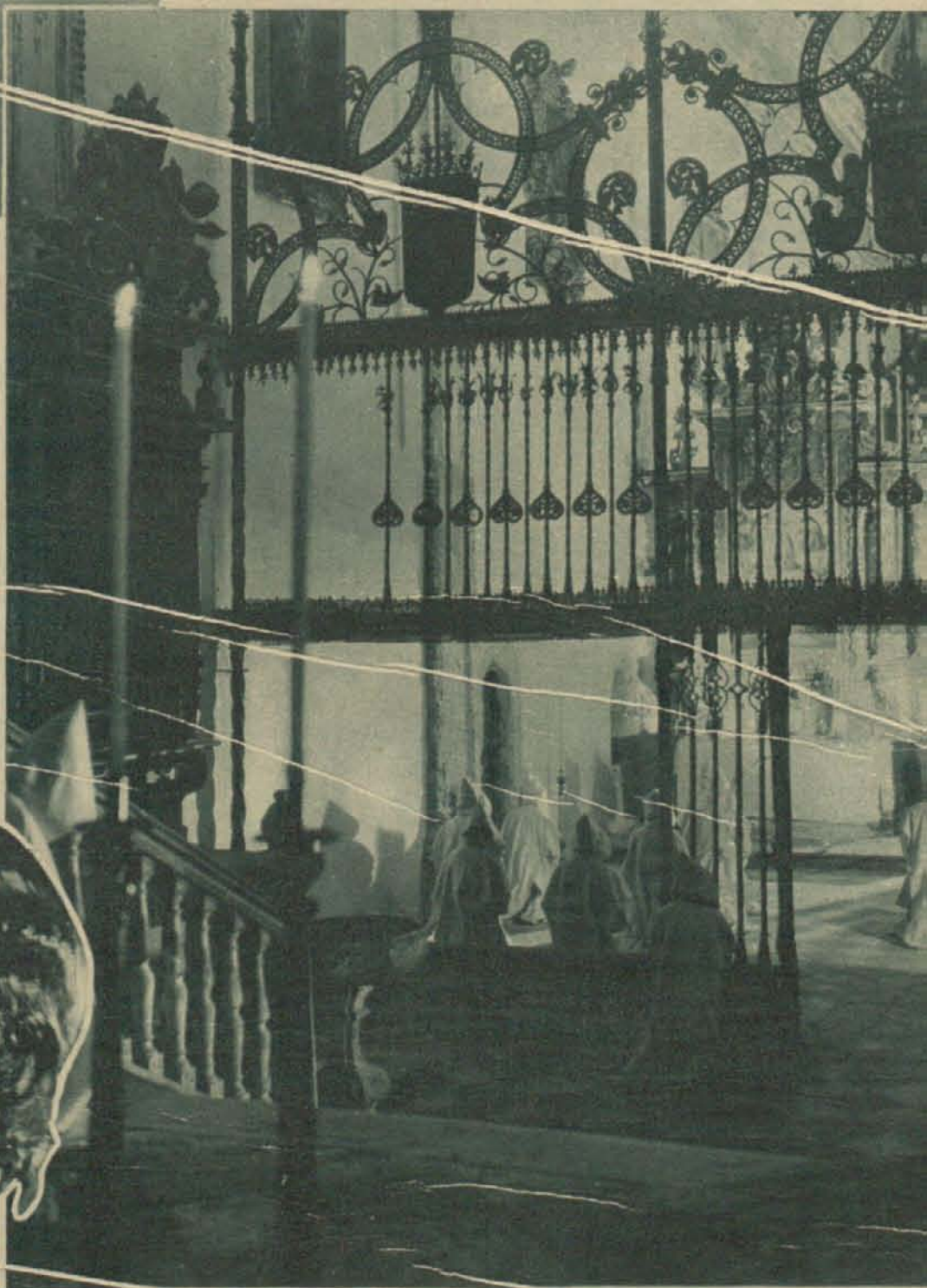
Un momento escénico de la producción nacional «La travesía molinera»



«Imperio Argentina», en «La hermana San Sulpicio», película española dirigida por Florián Rey



Conchita Piquer y Rafael Nieto en «Yo canto para tí», nueva realización de Fernando Roldán, llevada a la pantalla sobre un gracioso escenario de Francisco Ramos de Castro



ria» de las películas, el dramatismo del cine ruso, todo gesticulación atormentada; el dinamismo del americano, producto y víctima, a la vez, de su movilidad; la picardía del francés, siempre dispuesto al juego de ingenio y a la doble intención, sensual, mordaz e intrascendente; la gracia ingenua, de animal fuerte, del alemán. Inglaterra, dispuesta a hacer cine, ha llevado a la pantalla su equilibrada seriedad y estudiada suficiencia en la meticulosa reproducción de ambientes y épocas. Por falta de personalidad ha decaído el cine italiano...

¿Cuál ha de ser, pues, la que salve y dé valor de cosa conseguida a la producción española, si queremos verla trasponer las fronteras?...

Garbo y pasión. PASION Y GARBO.

Esta bella fotografía reproduce un bello momento de la película nacional «La Dolorosa», versión cinematográfica de la célebre obra del maestro Sereno

ciencia, algo nos dijo que para tan mezquino resultado mal-dita la falta que hacían esfuerzos de ninguna clase, y decidimos correr el albur de merecer todas las censuras antes de aceptar de buen grado la de que puedan contestarnos con nuestras propias razones. Tornemos, pues, al punto de partida para empezar de nuevo. Dios quiera que esta vez con suerte más propicia.

• • •

¿Cómo tiene que ser el cine para ser español?

El cine, arte nuevo, no por lo que tiene de arte, sino por lo que debe a la industria —música clásica interpretada por un instrumento acabado de inventar—, no puede sustraerse a las leyes generales.

Según se produzca en una u otra parte, para cobrar personalidad tiene que tomarla del medio en que se desenvuelve, y forjarse una fisonomía propia que le redima del maquinismo inicial, pecado original de toda producción cinematográfica.

Y así podemos apreciar, como condición «casi involunta-

Manolo París y Rosita Lacasa en una escena de la producción nacional «Patricio miró a una estrella»



Nada tan fácil, y sobre todo tan agradable, como dejarse llevar, ir a favor de corriente, a merced del viento. Nuestro cine no puede ser dramático, sino apasionado; no debe aspirar a tener gracia, sino garbo. Lo primero es fácil. Pueblo de pasiones violentas, claras y sin complicaciones, los temas «españoles» no serán muchos, pero su fecundidad puede ser inagotable. En última instancia, siempre la fatalidad desenlazará nuestros problemas de una manera fulminante, clara y rectilínea.

Lo segundo es más difícil.

Tener garbo no es ser despierto, ni ágil, ni vivaz. El garbo es una mezcla sibilina de diversas gracias y donaires, en la que tiene tanta parte lo espiritual como lo físico. El garbo es, antes que nada, equilibrio y medida, correspondencia inteligente y juego natural. En el garbo todo está tasado en sus proporciones justas, como sucede con la arquitectura, que ha de ser airoso sin ser frágil, graciosa pero sin lengües, fuerte sin pesadez, elegante sin afectación y compuesta sin rebuscamiento. En el garbo cuenta lo mismo la agilidad del ingenio que la gracia de los movimientos. Todo en él es armónico y a la vez sencillo; natural, pero no independiente; suelto, pero no caprichoso. El garbo es como un acorde perfecto, en el que cada nota tiene su valor confundida con las demás.

Claro es que el garbo ni se estudia ni se aprende. Es de las cosas naturales que se tienen o no se tienen.

Pero entre nosotros no es un don demasiado raro. Hay mucha gente que hace las cosas con garbo. ¿Por qué no esperar que haya alguien que con ese garbo, tan español y tan nuestro, se lance a hacer películas?

• •

Garbo tiene *La traviesa molinera*, película española que está ya hecha. Si nuestro juicio es certero, más ha de hacer ella por el cine español que todos nuestros discursos. Esperemos su estreno—y su suerte—para saber a qué atenernos.—RAFAEL BALAGUER.

Consuelo Cuevas y Luisita Corbea en una escena de la película «¡Viva la vida!»



La mujer moderna

En el cine
en la pantalla
y en la sala

No puede negarse la decisiva influencia que en nuestra mujer—la mujer de nuestra actualidad y de nuestro ambiente—ejerce el ejemplo tentador del cinema. La pantalla, verdadero Venusberg del día, nuevo jardín encantado de Klingsor, constituye la obsesión permanente de nuestras muchachas, atentas al brillo de las constelaciones terrenas—las estrellas de Hollywood—más que al de las celestes. Y se rinde culto a una idolatría pagana y tiránica por seres que, aunque de carne y hueso—el barro humano deleznable, después de todo—, sólo se dejan ver en sombras, cuando una reunión silenciosa y expectante los invoca, como en una sesión de alto espiritismo, en las salas sin luz de los espectáculos cinematográficos.

Decir una mujer moderna quiere decir mujer que recuerda en algo, en gesto o en silueta, a alguna de las artistas conocidas del cine. Tener un tipo o una cabeza «a lo Garbo», «a lo Jean Harlow», «a lo Martha Eggerth», es galardón que se disputan las más lindas muchachas del día. Parece como que la renuncia total de su personalidad por asemejarse a la de los ídolos de carne del teatro de imágenes que ha revolucionado todo el arte de exhibición, supone su mayor timbre de vanidad. Las calles, los comercios, los teatros y los campos de deportes dan con frecuencia bellos tipos de imitación «dobles» casi perfec-



Anna Sten, nueva estrella del firmamento de Cinelandia, que se revela como actriz de gran temperamento en la encarnación de «Naná», personaje central de «La dama del boulevard», que se estrena mañana en la inauguración de la temporada del Cine Avenida

Kay Francis, siempre interesante y sugestiva, en un momento escénico de «Mandalay», realización de Michael Curtiz



tos—sin más remuneración que la curiosidad de los aficionados—de las mujeres que han conseguido vulgarizar sus nombres exóticos, y cuyas vidas, en sus detalles más domésticos, se pretende conocer a través de contumaces propagandas.

Nuestro siglo será llamado el siglo del cine. Sus enormes medios de expansión, la aureola legendaria que sus actantes han llegado a obtener, sin otro esfuerzo que el de la voluntad ajena—el capricho del mundo civilizado—, hacen posible el extravío de tantas gentiles cabezas que sueñan en la oficina, el taller y hasta la fábrica con emular el triunfo de sus actrices predilectas. La pantalla es un gigantesco espejuelo de las actuales alondras. En la sala de proyección se forjan las más disparatadas ilusiones: «Yo soy más guapa que ella.» «Yo visto con más gusto.» «Yo sé bailar tan bien o mejor.» «¿Verdad que se parece mucho a mí?» «¡Pues yo no la encuentro tan genial como dicen!»

La bonita y grácil modistilla espera el día festivo con la nervosidad y la emoción de sus dos citas maravillosas: la del novio—un elegante «castigador» que se da un aire a Nils Asther—y la de Marlène, en su última creación, exhibida en un local de reestreno. Va a esas dos citas la modistilla con toda la vehemencia de sus diez y siete años milagrosos. Y ese domingo será ya inolvidable en su recuerdo, tanto como una escena



Dolores del Río afianza su crédito artístico en su gran creación de «Madame Dubarry», superproducción Warner Bros

de su artista favorita. ¡Ahí es nada poder aunar sus dos pasiones sobre la muelle butaca del cinema, saboreando un *glacé* y oliendo a ozonopino! Durante el descanso, él la ha llevado del brazo al bar, donde los grandes espejos—pantallas animadas, al fin—han copiado sus facciones angulosas, sus párpados entornados y su figurina sin grasas; allí, mientras sus dientes mordían el clásico bocadillo, se ha sentido admirada por ojos tenaces—¡cómo brillaban los de aquel señor elegante, de cabeza blanca, más joven que Lewis Stone, aunque menos guapo!—, y hasta ha escuchado piropos de mujer: «¡Qué chica tan mona!» «¡Qué tipo más estupendo!», al pasar, de regreso, a la sala de las quimeras. Y luego, en el otro regreso—prolongado lo más posible—definitivo hacia el hogar vulgar—padre borracho y hermanas famélicas—, se ha dejado besar, en la esquina de su calle, con un temblor de labios estudiado concienzudamente en el «probador» del taller, y observando, de paso, la sombra proyectada en la pared, digna—la sombra alargada y movable—de un film de René Clair.

¡Oh ejemplos y seducciones de las pantallas mágicas, hermanos de la linterna mágica precursora! Nuestras muchachas—un poco muchachos, que fuman tabaco fuerte y se rien de los pretendientes cursis—consiguen que las salas de proyección y su propia vida cotidiana sean una continuación de los cuadrantes en que viven las sombras convertidas en ídolos.

BERNABE DE ARAGON

Pearl Argyle, nueva estrella de la Gaumont-British, que al lado de Anna May Wong, protagonista de «Chu Chi Chow», la gran realización de Walter Forde, se ha manifestado como actriz de gran temperamento y fina sensibilidad





Pasión, muerte y resurrección de **NILS ASTHER**

III

Pero... ¡Greta es única!

AQUEL improvisado e inesperado lenitivo para el hondo desencanto de Nils tuvo una graciosa derivación. Su amigo el ingeniero, con quien no tenía más remedio que sellar las paces, traspasó de golpe a la modesta Cristina todo su vehemente apasionamiento por la alejada Greta. Y resultó que mientras Nils se iba enfriando al comprobar la enorme diferencia que había entre una y otra—tanta como aproximación en lo físico—, el amigo se interesaba más y más, encontrando incluso más digno de admiración el carácter detallista y práctico, de abeja laboriosa, de la humilde y sana Cristina. Precisamente... lo que Nils hallaba de abismo infranqueable entre una y otra. El final de aquella nueva aventura fue rápido y contundente: el ingeniero y la empleada se casaron y... ¡Nils fue padrino de boda!... Un padrino que no pudo sonreír en toda la ceremonia, y que luego, en un aparte del espléndido *lunch* nupcial, cuando el novio, convertido en marido, le preguntaba radiante: «¿Qué te parece Cristina, mi nueva Greta?...», respondía, frunciendo el entrecejo: «Chico, muy bien. Cristina es... Cristina. Pero... ¡Greta es única!...»

Un meritorio sin temperamento

Nils Asther pidió un puesto de meritorio en una Compañía de comedias. Nada como la vida interna del teatro para desgastar o embotar el espíritu. Nils se convirtió en un autómata que estudiaba sus pequeños papeles y que los interpretaba, atento a la técnica, a la mecánica del oficio teatral, sin pretender interesarle a nadie. En la Compañía, ni se le quería ni se le despreciaba. Nadie podía suponer sus ambiciones íntimas, sus sueños de grandeza, su amor romántico y oculto. Era un meritorio, con un tipo arrogante, eso sí, pero... sin temperamento...

Un nuevo ídolo de carne

En su modestísimo *camerino*, compartido por dos meritorios más de la Compañía, Nils leyó

una tarde en una revista de cine alemana algo sensacional, aunque para él esperado... Hollywood se había rendido ante el vivo prodigio de una mujer, cual ninguna interesante y fascinadora, que palpitaba en la pantalla con una emoción desconocida: Greta Garbo. Su debut, en una película de ambiente español—*El torrente*, derivada de *Entre naranjos*, de Blasco Ibáñez—, había revestido caracteres de acontecimiento. Había surgido un nuevo ídolo. Un nuevo ídolo de carne, de los que adoraba el mundo civilizado con el mismo frenesí que los antiguos pueblos a sus terribles o pueriles dioses. Un ídolo de carne y hueso que el país del dólar creaba e imponía a los públicos de Europa, después de haberlo traído de la propia Europa. Un nuevo nombre lanzado al estrépito de la popularidad: ¡Greta Garbo!...

El gusano de luz ante la estrella

A partir de entonces, Nils pudo seguir la ruta triunfal de Greta por los noticieros cinematográficos en las deslumbrantes propagandas. Estaba al tanto de su trabajo presente y por venir. La Garbo era una estrella ya del caprichoso firmamento creado por las inmensas fortunas de Cinelandia. Era una mujer célebre, y, como tal, su vida—falsa y artificial, pero envidiada—perte-



Nils Asther en una escena de amor con Joan Crawford, la compañera del gran actor en muchos films

nia a todos. Como las cortesanas que escribían sus nombres en los muros de las afueras de Atenas o de Delfos, era ya la amante de todas las imaginaciones, porque había escrito su nombre en la pizarra de oro de la fama universal... Obsesionado por tal encumbramiento, Nils tuvo un sueño curioso, especie de pesadilla, de la que despertó con sensación de extraña angustia en el pecho. Había soñado que era un pobre gusano de luz, abandonado en la falda de una montaña enorme. Más enorme aún le parecía el cielo, en el que sólo brillaba una estrella de radiantes destellos, bella y única en la inmensidad del espacio. El, pobre gusano de luz—una chispa en las rocas—, no se cansaba de mirar aquella estrella insólita y rutilante. En su ridícula pequeñez la admiraba y la amaba, y no vivía sino para considerar lo imposible que era llegar hasta ella. Sin embargo, el amor es loco y audaz, y se atreve a todo, y el gusano de luz comenzó la ascensión de la gran montaña. Tras larga y numerosas jornadas,



«Greta es única!» dijo cierta vez Nils Asther al ser preguntado acerca de la semejanza de Cristina con su ídolo de carne...



Una bella foto de Greta Garbo en la época en que se iniciaba la aureola de triunfo que poco después había de conquistar...

consiguió—heroísmo que sólo el amor hace posible—llegar a la cima. Y allí posarse sigilosamente sobre las alas de un águila dormida. Con el alba, el águila tomó un vuelo majestuoso en recta línea ascendente, y el pobre gusano de luz se vió transportado a regiones a que jamás hubiera soñado llegar. Vino la noche, y la estrella amada se iluminó y le pareció—¡claro!—más bella y más cercana que nunca. Tan cercana, que la vió sonreír. Con una sonrisa que era una promesa para él, pobre y osado gusano de luz en las alas del águila incansable, volando siempre en línea recta. Y cuando el milagro parecía posible, cuando el gusano se veía ya en brazos de la encumbradísima amada, el águila traidora sacudió con fuerza las alas y le hizo caer al espacio desde aquella altura infinita. Y desde la falda de la montaña rocosa, el pobre gusano de luz abandonado vió cómo el águila audaz juntaba su pico corvo con los labios de plata de la estrella...

La estrella ante el gusano de luz

Una novedad casi indiferente para Estocolmo lo fué el fallecimiento de Mauritz Stiller, recién venido de Hollywood, donde no pudo desarrollar su arte de director junto a Greta por las intransigencias de los productores israelitas. Stiller era un hombre taciturno, de sienes plateadas, demasiado inteligente y demasiado formal para medrar en tierra de hombres... Había muerto de tedio y de pesar. Greta Garbo, la paisana insigne, se había puesto en camino para ver por última vez a su descubridor, a su protector. Nils, sin saber por qué, sintió la debilidad de ir a esperar a su ex condiscípula. Quería verla, quizá porque venía en una hora amarga de dolor. Y ella le advirtió en el acto y le tendió su mano enguantada, como si no hubiera dudado de su presencia allí. Ella venía pálida, interesante, muy sencilla. Había sido un viaje penoso, de angustia incontenible. Quiso ver a Mauritz Stiller, aunque muerto. A la escena asistió Nils. Greta Garbo lloró sobre el difunto como sobre un padre. Al final de la triste ceremonia, Greta y Nils pudieron encontrarse a solas. Hablaron poco. El la acompañó hasta el hotel, respetuoso, pero afable. Al siguiente día, al despedirse, la estrella habló así ante el gusano de luz: «Stiller fué para mí más que un padre. Estoy muy triste. Me encontraré muy sola en Hollywood. Nils, yo te prometo que te llevaré conmigo.

Hasta la vista... Adiós...»

SANTIAGO AGUILAR



Reune en su programa para la próxima
temporada 1934-35 numerosas
superproducciones, entre
las que descuellan:

Sucedió una noche Dirección: Frank Capra,
por Clark Gable y Claudette Colbert.

Es hora de amarnos Director: David Burton,
por Aun Sothern y Edmund Lowe.

Dama por un día Director: Frank Capra,
por May Robson y Warren William.

Fueros humanos Director: Frank Borzage,
por Spencer Tracy y Loretta Young.

La comedia de la vida Director: Howard Hawks,
por John Barrymore y Carole Lombard.

El capitán odia el mar Dirección: Lewis Milestone.
Elenco en formación.

El dedo de Dios Dirección: Walter Lang. Elenco en formación.
Walter Connolly como protagonista.

Hombres del mañana Dirección: Frank Borzage,
por George Breatsson y Frankie Darro.

que unidas a las mejores producciones españolas, entre
la que se cuenta LA HERMANA SAN SULPICIO, forjarán
los grandes triunfos de CIFESA



Casa Central: Calle del Mar, 60.-VALENCIA
Subcentral Levante: Calle de la Paz, 27.-VALENCIA
MADRID: Avenida Eduardo Dato, 34 •• BARCELONA: Ara-
gón, 261 •• SEVILLA: Plaza de la República, 9
BILBAO: Colón de Larreátegui, 37





Don Ricardo María Urgoiti, prestigiosa figura de la cinematografía española

Las LEYES DE "Cinegramas" EL impuesto del 7'50%

Presentación.—Turismo en fotogramas

Don Ricardo María Urgoiti, fundador y consejero delegado de Filmófono, va a depenar sobre el mirífico impuesto del 7,50, hallazgo de nuestros desatinados arbitristas para gravar el turismo en fotografía, que eso y no otra cosa, por lo visto, se les figuran las excursiones que en fotogramas hacen a nuestra tierra Charlot, Greta Garbo y Marlène Dietrich.

Don Ricardo es un hombre joven, defecto del que se irá corrigiendo cada día; de temperamento nervioso, que irá aumentando a medida que le presenten recibos del ominoso 7,50; y es, además, moreno, con inminente peligro de acabar «negro», como todos los distribuidores, si su excelencia el señor Marraco no se apiada de ellos y les libra del abusivo, incomprensivo, lesivo y excesivo tributo que lamentamos.

El mito de los doscientos millones

—¿Qué nos dice usted, don Ricardo, del impuesto del 7,50 por 100?

—Fué una equivocación. Verá usted. Alguien lanzó la especie de que cada año, por alquiler de películas extranjeras, salían de España doscientos millones de pesetas. La cifra alarmó al Fisco.

—Se comprobó concienzudamente esa exportación de dinero, y...

—No, no, nada da comprobar. Aquí se procede siempre por indicios y presunciones. Al Fisco le bastó suponer que era verdad la emigración de tantos millones, y sin andarse en filitres, los metió en cintura, quiero decir los gravó, pensando que una suma tan redondita debía dar ejemplo de urbanidad y no despedirse a la chita callando.

—Bien hecho. La educación ante todo.

—Y la verdad en su punto. Porque lo cierto es que a la cifra real le había salido, por generación espontánea, un cero ilegítimo y calumnioso, y los 200 eran 20, aquí y en toda tierra de garbanzos o habas contadas. De modo que la supuesta fiebre de millones quedaba reducida a una décima insignificante. Pero los doctores de «si tienes calentura, no lo niegues» siguieron, siguen y seguirán aplicando el remedio heroico de «Dios te la depare buenas» a los otros ciento ochenta millones modositos y disciplinados que en el negocio cinematográfico ruedan por España, deleitan al público, dan trabajo a miles de obreros y empleados, fomentan varias industrias y contribuyen por muchos conceptos a las

cargas del Estado, sin sentir la menor curiosidad de asomarse a las fronteras.

El niño ciego

—Y ustedes, ¿qué hacen? ¿Cómo no van al ministro y le exponen el caso?

—Fuimos a raíz del nacimiento del 7,50, y convencimos a su progenitor, al entonces ministro de Hacienda, de que el niño nacía ciego y venía dando, como es natural, palos de ciego.

—¿Y el ministro?...

—Nos prometió «estudiar el caso». Llegó inopinadamente una crisis, y el padre del 7,50 sucumbió en ella, precisamente cuando se proponía corregir los defectos de su chico, según nos dió a entender. Su sucesor y los sucesores del sucesor nos han ido recibiendo con esa amabilidad característica de nuestros prohombres, que se traduce en sonrisas inefables, en asentimientos de cabeza y en palmaditas en el hombro cuando nos despiden a la puerta de sus despachos, después de las frases de ritual: «Vayan ustedes tranquilos. Eso corre de mi cuenta.»

—¿Y en definitiva?

—En definitiva, dos argumentos peregrinos. Primero, el del precedente. ¿Sabe usted lo que significa el precedente en España? El precedente es lo ineluctable. El precedente es el sagrado símbolo de la burocracia. El precedente es un dios coronado de balduque. El precedente obliga a respetar el 7,50 por 100, y no hay más que hablar, ni que alegar. ¿Incomprensible? Bueno, todos los misterios de todas las religiones lo son.

—Claro, si nos remontamos a la teología del 7,50...

—Segundo argumento, no ya de índole religiosa, sino administrativa. Se nos arguye: «Lo incontestable, verídico, auténtico—y no sé cuántos esdrújulos más—es que ya sean 200 millones, como se murmura por ahí; ya sólo 20, como ustedes demuestran, el caso es que resulta difícilísimo para la Hacienda precisar la cantidad de pesetas que por exportación ha de gravar con el 7,50. Y así es que, «simplificando», se ha decidido gravar todo el dinero que circula en la industria cinematográfica, coquette o no con las fronteras.

Impuesto único en el mundo

—Y es verdad. ¡Pobrecillos! ¿No opina usted así, don Ricardo?

—Hombre, colocados en un plano sentimental, habrá que darles la razón, aunque se la quite el

mundo entero. Porque no sé si sabe usted que este impuesto por exportación a un capital que no se exporta es único en el mundo. A ningún país se le ha ocurrido tamaña paradoja. Y una de dos: o nuestros hacendistas son geniales, o los extranjeros son topes.

—Yo creo que sí, que los extranjeros son topes al lado de nuestros arbitristas. Aquí la industria no es un predio que se cultiva; es un limón que se exprime.

Un paso más, y a la confiscación

—Por lo menos, así ocurre con la industria cinematográfica. Y hablemos con números. Voy a presentarle un caso optimista. Supongamos una Empresa de distribución en la que se obtenga un 15 por 100 anual al capital invertido. Como el impuesto del 7,50 grava el total de ingresos, equivale a un gravamen del 50 por 100 sobre

los beneficios. Es decir, se les reduce a la mitad.

—Se les parte por el eje, vamos.

—Como usted quiera—transige, amable, don Ricardo—. Tenemos, pues, gravados en un 50 por 100 los beneficios, y ahora hay que añadir un 15 por 100 más por los otros impuestos normales. De donde resulta que los beneficios del distribuidor español de películas soportan una carga de un 65 por 100. Un paso más, y se llega a la confiscación.

No queremos privilegios

—Y tenga en cuenta que, como le dije al principio, éste es un ejemplo optimista. Porque la realidad cotidiana es otra. Hay películas que no se amortizan nunca, las hay que dan un beneficio muy inferior al 15 por 100, y, en fin, hay otras que no son del agrado del público, en cuyo caso, nosotros lo perdemos todo, mientras el Estado sigue cobrando su impuesto. ¿Es esto justo?

—A mí, francamente, me parece tan justo como el criterio de aquel individuo aprovechado, que decía: «Cuando veo un duro, me llevo diez y nueve reales, y luego vuelvo por el real que queda.»

—Algo de eso ocurre aquí.

—¿Solución?

—Que vuelva el impuesto a su origen, o sea, a gravar únicamente el capital que sale de España. No pedimos ni aspiramos a privilegios. Con que se dé a la industria del cine el trato que a las demás industrias, tenemos bastante. ¿Es mucho pedir que al cinema, vehículo incomparable de belleza, emoción y cultura, se le considere, para los efectos fiscales, siquiera como a una manufactura de géneros de punto?

Lilian Harvey y los catarros

—No, don Ricardo; no es mucho pedir. Entre unas canciones de Marta Eghert o unas travesuras de Lilian Harvey y una camiseta de lana dulce, no hay duda posible..., a no estar acatarrado. Y así y todo, me quedo con Lilian.

—Hombre, y yo. Decíamos...

—Que Lilian es preciosa.

—Sí, y que el impuesto del 7,50 es asolador.

—Bueno; pero si no se entera el ministro, o le teme al precedente, o está muy ocupado...

—Pues habrá que procurar que se entere o que pierda el miedo a esa deidad, o que halle un rato libre para ocuparse de nosotros. La Cámara Sindical de Cinematografía dirá lo que hemos de hacer.

Roberto Rey, el joven galán español de la pantalla, repatriado recientemente, aparece en esta foto con Rosita Díaz, la «star» española que acaba de marchar a Hollywood

Ha Llegado Roberto Rey

La Babel moderna de Joinville.—Un contrato para Cuba.—Héroe de la revolución.—Nací en Valparaíso.—Volveré a Hollywood.—El recuerdo de unos ojos negros



CUANDO se declaró la bancarrota en los Estudios Paramount, de Joinville, y mientras Mr. Kane, altivo, soberbio como un águila del Norte, improvisaba el gesto amable con que había de cerrar sus puertas —¿hasta cuándo?—, trenzamos, llenos de ansiedad y de esperanza, esta pregunta, entonces difícil de contestar: «¿Dónde está Roberto Rey?» Había llegado de Hollywood, con muchos laureles y dólares, para hacer *Un caballero de frac*, película hablada en nuestro idioma, que dirigieron Roger Capellani y Carlos San Martín. La producción española, que se hallaba en el período más intenso de su actividad, ofrecía grandes sorpresas para el futuro, según las apariencias y la confianza de los directivos. Pero se recibieron noticias contradictorias de América, y el castillo de naipes levantado por la fantasía se derrumbó, tristemente, al sople seguro de lo cierto.

• •

Hace pocos días me dijeron que Roberto Rey estaba en Madrid, y supe también el motivo de su viaje a la urbe aristocrática. ¿Volverá, por fin, al Teatro?, pensé, lleno de inquietud, recordando sus grandes triunfos en la pantalla. ¿Volverá?

Le vi descender del automóvil y sentarse en la terraza de un café céntrico. Tenía la misma elegancia personal, el mismo gesto simpático y



Roberto Rey, al piano, ensaya con Rosita Moreno, la gran estrella de la pantalla y admirable bailarina

1829-2p.28

Un gesto, humorísticamente pícaro, de Roberto Rey



—Ahora, ¿de dónde vienes?

—De Méjico. Allí también pasé unos días felices, actuando en los principales teatros y ante el micrófono de la radio.

Callamos un instante. Dos mujercitas rubias, sentadas a nuestro lado, nos miraban con insistencia; es decir, le miraban a él, incesante acaparador de sonrisas. La tarde iba muriendo, y sobre el asfalto brillante de la lejanía quedaban presos los últimos rayos de sol.

—¿Cómo conseguiste lo de la Zarzuela?

—Estando en Méjico recibí un cable firmado por Romero y Fernández Shaw, en el que me ofrecían las condiciones más interesantes para que viniera a España. Por poco no acepto, porque al mismo tiempo llegó a mis manos una carta de la Fox, llamándome para hacer seis películas en Hollywood. Este compromiso lo cumpliré en la primavera próxima.

—¿Otros proyectos?

—Quiero ir a mi país.

—¿Cómo a tu país?

—Naturalmente. He nacido en Valparaíso (Chile); pero desciendo de españoles. Hace muchos años que no voy por allá; eso que me recuerdan tanto.

—¿Estás enamorado?

—Desgraciadamente, sí. Una mujer morena acaba de dejar la huella más profunda en mi vida.

—¿Española?

—Mejicana.

—¿Guapa?

—Tú la conoces; trabaja en *Volando hacia Río de Janeiro*, vive en Los Angeles y está contratada por la Metro.

Los ojos tristes y negros de Roberto Rey volvieron a clavarse en la lejanía, llena de sombras. Las mujercitas rubias de la mesa contigua pronunciaban su nombre, sonriendo. Ya era de noche.

MARIO ARNOLD

acogedor de entonces. Quise contemplarle unos minutos. El camarero, amable, discreto, dejó sobre su mesa una copa de coñac, que él fué apurando sorbo a sorbo, con esa exquisita distinción de los hombres mundanos. Entonces, fingiendo encontrarle de pronto, me acerqué a su mesa. Fué grande el asombro que demostró al verme llegar con los brazos abiertos.

—¿Eres tú?—dijo gritando, mientras se ponía en pie como movido por un resorte.

—¿Y tú quién eres, de dónde sales?—respondí, orgulloso, frente a él, apretándole fuertemente contra mi pecho amigo.

—Terminé el compromiso con Paramount, y a los pocos días me presentaron a Ernest Smith, famoso empresario de teatros, que quería llevarme a La Habana, para actuar en el Cam-poamor.

—¿Aceptaste?

—Sí, porque las condiciones eran magníficas.

—¿En qué consistía tu trabajo?

—Una presentación personal a base de charlas literarias y de canciones finas.

—¿Tuviste suerte?

—Mucha. Me llevó por quince días y estuve año y medio. Alternaba estos conciertos con otros seleccionados, que algunas familias aristocráticas me pedían por medio de cartas interesantes o de personas acostumbradas a decir elogios exagerados.

El camarero, con la misma gentileza de siempre, me sirvió un *whisky and soda*, mientras Roberto Rey, pensativo y triste, clavaba sus ojos negros en la lejanía, borracha de asfalto y de sol.

—Habrás asistido de cerca a la revolución cubana—continué.

—Y supe ayudar eficazmente a determinados líderes del conflicto, prestándoles mi automóvil para que pudieran asistir a reuniones secretas.

—¿Recuerdas algún nombre?

—José María Fuertes apareció asesinado después de unos sucesos importantes; le creyeron culpable, y la venganza fué terrible. Ahora tiene una lápida en la Ermita de los Catalanes. Cuando me dieron la noticia sentí un dolor inmenso, como si hubiese perdido a cualquiera de mis hermanos.

—¿Qué hiciste una vez terminado tu contrato?

—Recorrí toda la isla. En muchos sitios me agasajaron espléndidamente. Para eso los cubanos son únicos. Cuando se hallan cerca del artista que admiran lo dan todo por él. Es difícil olvidar estas muestras de simpatía.



Antonita Colomé, la joven artista del film, muestra sus gracias venusinas a Roberto Rey, que finge no mirar..., ¡pero mira!



EL SISTEMA

**R.C.A.
VICTOR PHOTOPHONE**

DE

ALTA FIDELIDAD



**ACABA DE MERECER
DIPLOMA DE HONOR**

de la Academia de las
Artes y las Ciencias Cine-
matográficas de HOLLY-
WOOD (Estados Unidos)

Oficina central: Barquillo, 1. - MADRID - Teléfonos 24630 y 24639

Apartado de Correos: 990. - Direc-
ción telegráfica y telefónica: SICE-
LECTRA

LISBOA:

Praça Luis de Camoes, 36
Teléfono 25347

BARCELONA:

Paseo de Gracia, núm. 29
Teléfono 23909

VALENCIA:

Plaza de Emilio Castelar, 7
Teléfono 16506

MÁLAGA:

Alameda de P. Iglesias, 38
Teléfono 4249

BILBAO:

Diputación, número 8
Teléfono 11169

STAN LAUREL Y OLIVER HARDY



La verdad es que ninguno de los dos ha aportado nada nuevo a la pantalla cómica; pero la verdad es que nadie hasta ahora ha superado la intensidad sonora de las carcajadas que producen en los espectadores Laurel y Hardy. Podrá discutirse la calidad de su trabajo, podrá negárseles la originalidad de su arte y la honradez de sus procedimientos. Pero a la hora de la verdad no hay más remedio que confesar que estos dos hombres nos hacen retorcernos en las butacas, víctimas del más desesperante ataque de risa que pueda darse. Desesperante porque al salir del cinematógrafo piensa uno: «Bueno; ¿y por qué me he reído yo?» Se hace revivir el film en la mente: tortas de crema, caídas en balsas de agua, carreras, destrozos de muebles, bofetadas que recibe, invariablemente, el que no tiene la culpa... Lo más viejo, lo que era característico de las películas cómicas de la edad heroica del cinema, los trucos que Larry Semón, Fatty y Charlie Chaplin utilizaron con lamentable frecuencia en aquellas películas cortas de la Keystone o la Biograph, todo un cinema, en fin, que tiene ya veinte años—y no olvidemos que veinte años son veinte siglos en el séptimo arte—, vuelven al lienzo de 1934, traídos por este par de gansos eminentes que son Stan Laurel y Oliver Hardy. Auténticos payasos del film, su gracia estruendosa e ingenua no parece a propósito para las personas mayores, para la gente seria, sino para las almas sencillas y cándidas de los niños. Pero ocurre que las personas mayores abren la boca hasta hacer saltar las mandíbulas ante una película cualquiera de esta pareja, de moda hoy en las pantallas.

¿Cuál es el secreto de los dos cómicos con hongo? Comprendemos el éxito de los hermanos Marx, como embajadores que han sido de un cinema cómico, absurdo y genial, con mucho de rompecabezas y mucho de nuevo, o el de Wheeler y Woolsey, originales humoristas a quienes nuestro público quizá no ha comprendido todavía suficientemente. Pero para el éxito ininterrumpido de los protagonistas de *Héroes de tachueta* no encontramos, a primera vista, unas razones fundamentales. Una larga serie de películas nos los presentan a estas alturas como el último peldaño de la escalera de valores cómicos. En efecto, cada película suya es una insistencia en la anterior, una nueva prueba de su mezquindad artística. Trucos y situaciones repetidos mil veces se repiten una vez más, apoyados por el gesto único que tienen, cada uno de ellos. Y, a pesar de todo, reímos, reímos hasta el desternillamiento, hasta lo imposible, hasta la enajenación mental, hasta la convulsión.

¿Por qué?

Hubo un tiempo en que Laurel y Hardy eran dos actores de Hollywood poco menos que ignorados. Laurel intervenía en películas cortas de Mack Sennett y hacía graciosos y prodigiosos equilibrios sobre una bicicleta. No conseguía, sin embargo, atraer poderosamente la atención de los espectadores. A Hardy le pasaba lo mismo. Cada uno vivía por separado una carrera cinematográfica de poco provecho y nada de gloria. Al unirse es cuando el éxito estalla de pronto, escandalosamente, como una bomba demasiado cargada. En su unión está, pues, el secreto de su éxito, y no hay que darle vueltas. Si algún día se separan, se verá cómo vuelven al anónimo de sus primeros tiempos. Es el contraste que ofrecen constantemente uno y otro lo que produce, sin duda, las carcajadas del espectador. Laurel



no existe sin Hardy. Hardy no existe sin Laurel. Laurel-Hardy. He aquí la solución.

De intento, a lo largo de estas líneas, hemos situado siempre primero el nombre de Laurel. Es un honor al que le dan derecho sus relativos méritos. Laurel, que aventaja, a nuestro juicio, a Hardy como comediante, es, además, quien

escribe los argumentos de las películas de ambos y quien ordena—no podemos decir quien inventa, porque no hay nada inventado—esos trucos que hacen brotar la carcajada en el más serio de los espectadores.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Mi SEXTO

SENTIDO

por Bebe Daniels

CINEGRAMAS se complace en reproducir estas cuartillas de Bebe Daniels, pensando que, tal vez, lo que ella llama «sexto sentido» sea una voluntad indomable y una lección de energía.

QUIÉN sabe si, a causa de mi ascendencia escocesa, poseo un sexto sentido de adivinación—premonición le llaman los espiritistas—que me ha salvado muchas veces de seguros desastres. Quienes me conocen dicen que soy clarividente. No lo sé. Lo que sí afirmo es que mis corazonadas no fallan nunca, y tan frecuentes han sido, que me han hecho pensar si yo tendré el don de la telepatía.

Algunas veces, los avisos misteriosos me llegan en sueños. Recuerdo que una noche tuve la pesadilla siguiente: Yo iba en auto por una carretera, cuando llegué a un paraje donde había una casita blanca a un lado y un foso de agua al otro. Sufrí un accidente, caí al pozo, y cuando pugnaba por salir de él, vi que venían a mi encuentro, desde la casita blanca, varias personas a quienes yo conocía, pero que habían muerto hacía muchos años. Cuando desperté, fatigada, me reí del absurdo que suponía todo aquello.

Pero al día siguiente, el sueño tuvo una fascinante realidad. Debía, por exigencias del film que rodábamos, cruzar una carretera a toda la velocidad de mi auto. Conducía despreocupada, y de pronto apareció ante mis ojos un trozo de carretera igual que el representado en mis sueños, con su casita blanca semejante a la otra. Frené el coche. Ya era tiempo. A diez pasos, disimulado por una curva, había también un foso lleno de agua, en el que hubiera caído seguramente a la velocidad que llevaba. Comprendí entonces que los muertos de mi pesadilla me avisaban que iría a reunirme con ellos pronto si no moderaba mi velocidad en las carreteras.

La corazonada más extraordinaria de mi

vida guarda íntima relación con la película *Rio Rita*. Ante todo, debo confesar que jamás he cantado nada superior a una «nana-nana». Desconozco la música; pero tengo buen oído y facilidad para atacar las notas agudas.

Tuve, sin embargo, el presentimiento de que iba a intervenir en dicha película—además de protagonista, aunque la Radio Pictures buscaba una actriz de ópera para aquel rôle, que tiene mucha parte de canto, como recordarán mis lectores.

Abroquelada en mi presentimiento, fui a ver al director, y le dije que yo «debía» interpretar aquel papel, y que ambos, el film y yo, íbamos a tener un gran éxito.

El director, muy fino, por cierto; me dijo que lo lamentaba mucho; pero que yo no era cantante, y, por lo tanto, era imposible complacerme.

No me preocupé por la negativa. Sabía que mi corazonada no podía engañarme, y aquel mismo día empecé a tomar lecciones de canto, pero sobre la partitura de *Rio Rita*, hasta que me la aprendí de oído. Sería prolijo relatar cómo me hice de la partitura y cómo convencí al director para que me oyese cantar, cuando logré aprenderla. El caso es que mi corazonada no mintió y que yo fui la protagonista de *Rio Rita*, mi primer gran éxito en el cine parlante.

Otra corazonada fué la que me avisó que debía pasar de la comedia al drama. Estaba cansada de interpretar comedias; pero nadie quería oír hablar de mis facultades para el drama.

Mi contrato tocaba a su fin, y aunque me ofrecieron prorrogarlo en mejores condiciones, yo no acepté, alegando que estaba comprometida con otra Compañía para representar dramas en la pantalla. Esto, sin embargo, no era cierto más que en mi fantasía, o mejor, en mis presentimientos. Porque la realidad era que nadie me había hablado de representar dramas. Así y todo,

He aquí tres fotos de Bebe Daniels. Dos de ellas reproducen antagónicas expresiones fisionómicas de esta admirable estrella, en cuyo rostro, ya risueño, ya melancólico, se advierte siempre una gran dulzura. En la otra foto, Bebe Daniels se muestra con un atuendo de reina hindú...

sabía que «alguien» me había de contratar en las condiciones que yo anhelaba.

Algún tiempo antes de todo esto había conocido a Cecil de Mille, que pareció interesarse por mi trabajo. Como a la sazón yo estaba comprometida, no pude trabajar con él, según sus deseos. Pero me dijo que si alguna vez me encontraba libre, le avisase. Recordé este ofrecimiento, y reuniendo algunas de mis últimas fotografías, se las envié a Cecil de Mille. ¡A las pocas horas el gran director me enviaba un contrato para trabajar en un film dramático!

Así, una y otra vez, mis corazonadas se confirman. Por ejemplo: Un día dije a mi director que yo «sentía» que si se hiciese una película en la que una joven representase sola el protagonista—algo así de lo que sucede con Douglas Fairbanks o Harold Lloyd en sus interpretaciones—esa película sería un gran éxito. El resultado fué mi film *Los millones de miss Brewster*, que produjo de beneficios un millón de dólares.

Mi sensibilidad para conocer cuándo se acerca un peligro me salvó, una vez más, en ocasión de rodarse una película (*Señorita*), en la cual yo tenía que cruzar el escenario a doce pies de altura sobre un alambre invisible.

La mañana del día en que había de actuar tuve la evidencia de que me acechaba un peligro. Pensé en la actuación que me aguardaba, y fui derecha al set. Me encaré con el empleado jefe de la tramoya, y le dije que no estaba tranquila respecto a lo que pudiera pasar una vez subida en el alambre. El me aseguró que no había peligro



y que aquella misma mañana acababa de probar con el peso de cuatro hombres la resistencia del alambre. Le rogué que hiciera otra vez la prueba delante de mí. Vinieron cuatro hombres y se colgaron del cable; éste resistió perfectamente el peso. No obstante, mi presentimiento era cada vez más vehemente. Y cuando llegó la hora de actuar, dije a los maquinistas: «Amigos, hagan el favor de poner el alambre sólo a cuatro pies de altura.» Así lo hicieron. Subí entonces en el alambre, y éste se rompió. Pero como yo estaba preparada para la caída, no me hice daño.

Si no hubiese escuchado mi presentimiento de aquel día, seguramente me hubiera matado al caer, desprevenida, desde una altura de doce pies.

Mi último presentimiento es la convicción definitiva de que pronto se impondrán, de una vez para siempre, las películas de mucha acción y poco diálogo. Creo que hay demasiada palabrería en los films actuales. El buen cine requiere más movimiento y menos chachara.

Hay a nuestro alrededor una vida real que no sabemos llevar a la pantalla. La misión del cine futuro será conquistar esa realidad palpante para incorporarla al cinema.

¿Cuándo se realizará este presentimiento mío?

Bebe Daniels comparte con su esposo, Ben Lyon, las delicias del hogar, lejos del torbellino agotador de los estudios

BEBE DANIELS

Una realización de DUVIVIER con
MARIE GLORY, ALBERT PREJEAN y
HUBERT PRELIER

RUMBO AL CANADÁ

En
Paris, Bastien
y Segard. Dos hombres. Dos caracte-
res totalmente distintos, diametralmente opues-
tos. Bastien, intrépido, audaz, decidido, con alas
de ambición. Segard, tranquilo, reposado, apa-
cible, apegado a la tierra que le vió nacer, y
donde vivió sufriendo, sin sueños locos, sin locas
ambiciones.

Caminan bajo la lluvia, hundiendo los zapa-
tos en el barro. Los zapatos que mañana habrán
de ponerse de nuevo, húmedos todavía, para ir
en busca de trabajo.

Como ayer, como hoy, como mañana.

Peregrinación inútil y dolorosa. Segard se re-
signa. Bastien, no. Bastien sueña con otras tie-
rras, donde la vida es menos dura y los horizon-

Albert Prejean y Marie
Glory - Bastien y Tere-
sa, respectivamente, en
«Rumbo al Canadá» -
inician su idilio en El
Havre, poco antes de
zarpar el «Tenacity».



Los protagonistas
de «Rumbo al Cana-
dá» en una esce-
na llena de optimis-
mo y alegría...

tes más dilatados. El ha visto en el cine que existen esas tierras.
Ha visto, sumido en las sombras de un cine de barrio, un film sobre
Taití. El Canadá también se le parece. Vastos horizontes, tierra
nueva, aire libre. Porque él sueña con ir al Canadá. Porque el Ca-
nadá es la libertad; mejor que esto, mucho mejor: es la inde-
pendencia.

—Mañana iré adonde me han indicado, y si no encuentro
trabajo, me iré contigo. Lo habrá querido así mi Destino—le
dice Segard al tiempo de despedirse de su amigo en la puer-
ta de su casa.

Después... Después, caminando solo, bajo la lluvia, per-
dido en la noche, como una sombra más, con el cuello de la
americana levantado y las manos en los bolsillos, dejan-
do en el barro la huella de sus pasos, Segard piensa
que compartir la casa y la comida familiar sin aportar
un auxilio a la vieja madre, es una pena diaria. Tie-
ne razón Bastien: es preferible partir hacia otras
tierras. Su voluntad, fuerte un instante, flaquea en-
seguida. Irse es romper la cadena de su vida, de
una etapa de su vida; dejar todo aquello que él
aprendió a querer desde niño: lugares, cosas y
personas, todo quedará atrás; todo quedará le-
jos tras la estela del barco. Al fin toma una re-



Hubert Prelier en
papel de Segard



Marie Glory y
Hubert Prelier

Bar-Louissette, donde Teresa (Marie Glory)—rubia, joven y bonita—, bella promesa de amor, había de impresionar tan hondamente a Segard, que Bastien, un poco alarmado, se preguntaba, inquieto, qué ocurriría. «No. No le diría nada. No se turba el corazón y la vida de una mujer cuando se va uno tan lejos.» Y, en efecto, Se-

Teresa, que le quiere, le quisiera también un poco más audaz. Ella sueña con una vida dulce y apacible, con una casita en el campo, con muchas flores. Ella no quiere más. Un domingo salen de paseo. Teresa, anhelante, trémula de cariño, con los ojos muy abiertos y los labios llenos de besos, escucha a Segard, espera la confesión, que no llega, porque Segard no se atreve a hablar. Dentro de breves días él partirá por las rutas azules del mar. Su porvenir es por demás incierto. Y una vez más calla. Pero él ha de volver. Y entonces...

Pero, ¡ay!, que Teresa, temperamento afectivo que necesita un cariño, un corazón que palpite junto al suyo y unos brazos varoniles que le



Los protagonis-
tas en un mo-
mento escénico



Teresa y Segard

gard supo callar. Sin embargo, ya en cubierta, y a la vista de El Havre, le dice a Bastien:

—Yo hubiera podido seguir luchando aquí.

Pero Bastien abre de nuevo ante él el abanico de su fo-

estrechen amorosamente, no comprende la generosidad de Segard, y se siente decepcionada, desilusionada. Y la tarde de aquel mismo día, Bastien—a quien ha dejado Emiliana—sabe desgranar en sus oídos todo un rosario de encendidas frases de amor, y sabe ofrecer a Teresa una copa de *champagne*.

Pasan los días. Y Bastien ve con asombro que lo que él creyó un capricho pasajero se ha convertido en una honda y violenta pasión por Teresa.

La avería está reparada. La partida está próxima. Pero Bastien decide no embarcar sin la rubia alondra que le ha hechizado. Pero no tiene dinero para el pasaje. Se quedará él en tierra.

La hora de la partida ha llegado. Segard, que ignorante de la traición seguía rindiendo un culto cariñoso a Teresa, prepara un delicado recuerdo para ésta.

Mientras, Bastien, que no soñó más que con la libertad y la independencia, huye, encerrado en la cárcel de los brazos de Teresa, hacia una villa del Norte, donde, lejos de los amplios horizontes, les será obligado ganar un pan quizá un poco seco y duro, pero que para ellos será blando y tierno, porque será el pan de su amor.

Entretanto, Hidouse, con su rudeza habitual, le entrega a Segard la carta que le condena a la soledad. Y es entonces cuando la voluntad dormida de Segard se despierta, vibra en un gesto magnífico, que le hace exclamar:

—¿Volver a París? No. ¡Jamás!

Sin amigos, sin cariño, sin amante, el hombre bueno y temeroso de levantar el vuelo partirá para el Canadá, hacia Manitoba. Es decir, proa al porvenir. Con rumbo a una nueva vida. Y la estela del *Tenacity* irá borrando los recuerdos de su vida pasada, que quedará cada vez más lejos, hasta parecer sepultarse en el mar.

LUCIANO DE ARREDONDO

solución. La suerte decidirá. Si la plaza está libre, me quedo.

Y animado por esta decisión, apresura los pasos, que se pierden en la noche y bajo la lluvia.

La plaza está libre. Sin embargo... No es la suerte la que decide. Es la fuerte y tenaz voluntad de Bastien.

—Te vas a quedar en un taller oliendo a plomo caliente—Segard es tipógrafo—, mientras yo respiro el aire puro y libre de Manitoba.

Y una vez más triunfó en la vida la voluntad fuerte sobre la débil o sumisa. Y partieron.

El Havre. Fondeado en el puerto espera la hora de partir el paquebote *Tenacity*. Hay que aguardar un día y una noche, pues el barco no ha de zarpar hasta la mañana siguiente. ¿Qué hacer durante esta espera y en víspera de un gran viaje? Es Bastien, siempre la voluntad fuerte, el que decide ir a un bar cercano al puerto, donde la acogedora Emiliana les hará más llevaderas y agradables las horas que faltan para embarcar.

Pero ninguno de los dos hombres sospecha que es el Destino quien les empuja y lleva al

gosa imaginación llena de ambiciones:

—No vayas a apenarte ahora.

Pero el Destino, de un zarpazo, corta en flor la ambición de Bastien. Una avería grave en la maquinaria esclaviza por quince días al paquebote en las aguas de El Havre.

Durante este lapso de tiempo, Segard ha encontrado trabajo como mecánico en el transbordador. Bastien trabaja en ayudar a quitar el hielo a los barcos, y hace amistad con Hidouse, descargador un tanto rudo y un poco filósofo, que posee una extraordinaria simpatía y un habla picante. Con los días, la amistad se hace más intensa, y Bastien le habla continuamente de sus aspiraciones, de sus proyectos; le comunica sus ideas de independencia y libertad.

El idilio—ya con anterioridad iniciado—de Teresa y Segard florece en ocasión de un pequeño accidente de trabajo que Segard sufre. Teresa, más bonita que nunca, le cuida y cura con especial y cariñoso esmero. En las horas de dolor es la enfermera ideal. En la convalecencia, y durante largos paseos, es el ideal, la bella encarnación que de su ideal amoroso acaricia Segard. Pero reservadamente. Tan reservadamente, que

Selecciones Capitolio

Presentará la próxima temporada el grupo de films más formidable que jamás se hayan lanzado al mercado de una sola vez

Destacarán entre ellos:

SOR ANGÉLICA

Primera producción de la SERIE "ORO NACIONAL", editada por «SELECCIONES CAPITOLIO» con

**Lina Yegros - Ramón de Sentmenat
Ida Delmas y Luis Villasiul**

Todo un poema de amor y abnegación. Y

CASANOVA

(El galante aventurero) con

**IVAN MOSJOUKINE
Jeanne Boitel y Madeleine Ozeray**

Grandioso film de amor, juego y audacia, desarrollado en Venecia y en la corte de Luis XV de Francia

Provenza, 292.—BARCELONA



SOCIEDAD ANONIMA DE ESPECTACULOS PUBLICOS

PLAZA DE LA INDEPENDENCIA 4 • MADRID

Presenta

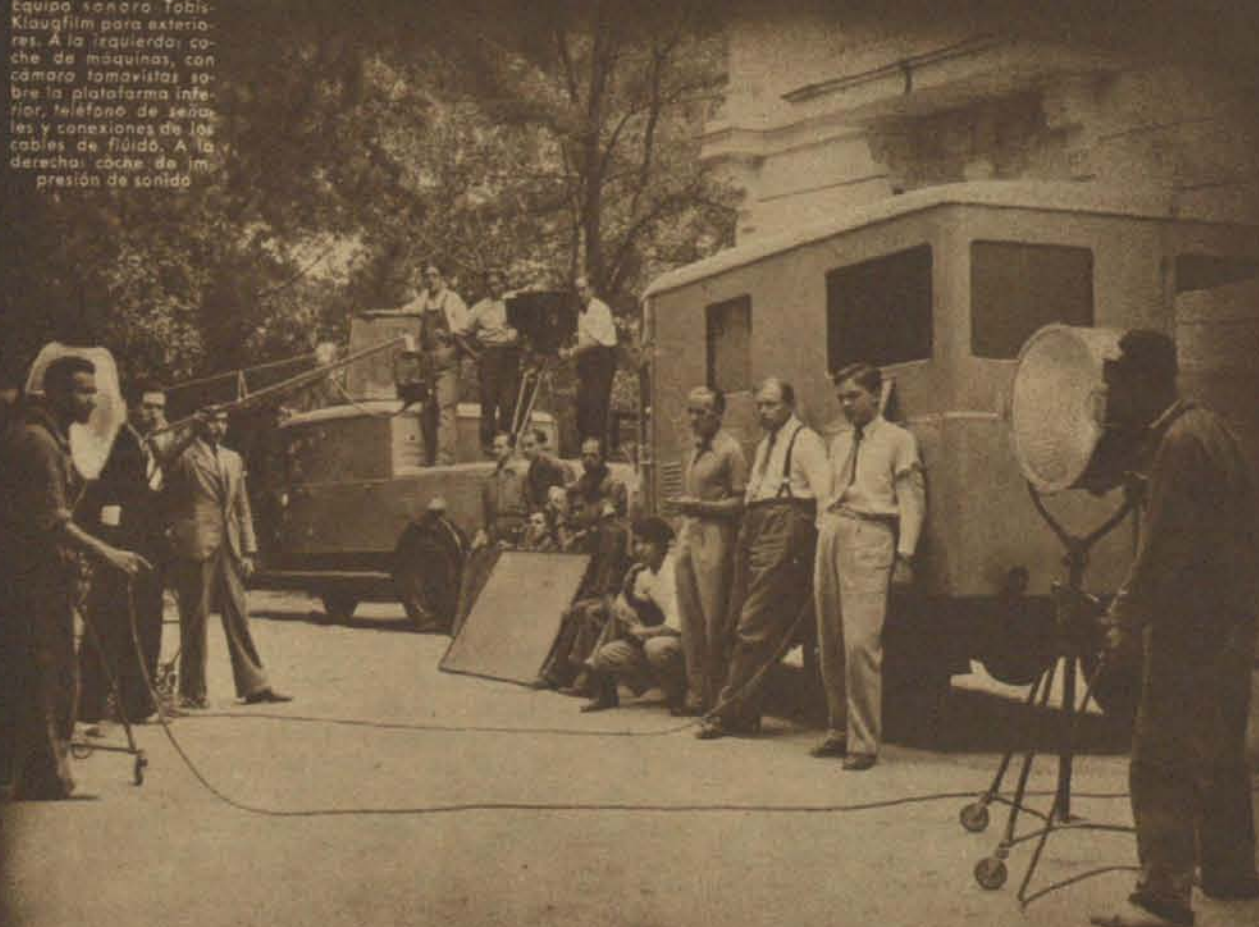
«EN VIAJE DE NOVIOS»

JENNY JUGO Y PAUL HÖRBIERGER

Una deliciosa comedia de juventud y deportes

ESTUDIOS CINEMATOGRAFICOS

Equipo sonoro: Tobis-Klaugfilm para exteriores. A la izquierda: coche de máquinas, con cámara tomavistas sobre la plataforma inferior, teléfono de señales y conexiones de los cables de fluido. A la derecha: coche de impresión de sonido.



CEA

C I U D A D
L I N E A L
M A D R I D

PRODUCCION
NACIONAL DE
PELICULAS

Consejos a las estrellas españolas

Al oído de una de ellas, para que todas se enteren

Si te llaman, como máximo elogio, la segunda Greta Garbo, la segunda Marlène Dietrich o la segunda Joan Crawford, no te envanezcas, porque ello para ti, más que un halago, es un insulto. Tú conténtate con ser lisa y llanamente Fulanita de Tal. Convéncete de que vale más poco y propio que mucho y de todos. Además, recuerda el refrán que dice: "El que de prestado se viste, en la calle le desnudan".

Procura mantenerte ante la cámara como ser que vive, no como "marioneta" manejada desde la silla del director. No seas el autómatas que remeda a la persona, porque en su interior siempre se encuentra el alma mecánica que lo anima. Un alma de resortes, muelles y tornillos. No hagas que la tuya sea así.

No aspire con tu primer film a un éxito rotundo, genial y definitivo, porque es posible que él sea la losa que cubra inmediatamente tu cadáver artístico. Conquista el triunfo paso a paso, en su marcha na-

tural. Casi todos los que se consagraron con su primera obra fueron anulados por ella. El terrible peso sobre sus espaldas fué encorvándoles, encorvándoles, hasta hundirles en tierra. No olvides que el público quiere al artista en superación, nunca en decadencia.

Actúa sincera, espontánea, sin artificiosidades. No te acuerdes para nada de la estrella tal y de la escena cual. El peso de aquel recuerdo te embarrará los movimientos y ya no serás tú. Ten siempre presente el consejo de Wagner a sus discípulos: "No imitéis nunca a nadie, y menos a mí". Si lo sigues y tienes talento, triunfarás. La espontaneidad en el arte es su principal encanto.

Huye de creerte la indispensable. No pienses que toda la película lo eres tú. Un film no puede ser producto de un solo artista, sino conjunto del esfuerzo de muchos. De muchos que además rinden su trabajo en honor tuyo, porque a la hora del éxito él será para ti. Quizá le alcance algo al director; pero ¿y el fotógrafo, el músico, el decorador, el electricista, el modisto? ¿Qué hubiera sido de tu figura y de tu arte sin ellos?

Si lucas una "toilette dernier cri", no la hagas intérprete principal de la escena, no la cuides con exceso, procurando al sentarte que caiga de forma elegante sobre la "chaise longue", porque ella borrará tu trabajo. Así, los espectadores podrán decir después, sin fijarse en ti más que como maniquí: ¡Qué hermosa "rôbe"! Y no hay cosa más despectiva para una mujer que elogiarla el traje pasando por alto su persona.

No busques ni pidas al director la "pose" más afortunada para que tus encantos resalten duplicando su valor, porque nunca es más bella una mujer que en su sencilla naturalidad. Este es el secreto de la simpatía que tú debes procurar emanar desde la pantalla. Lo otro —actitudes rebuscadas casi siempre cursis, majestad fotográfica llena de fatuidad— puede ser la muralla que cada día te separe más del público. No olvides que a él te debes y que en sus manos está elevarte o hundirte.

F. HERNANDEZ GIRBAL

BILBAO

MAÑANA, LUNES,
reposición de la gran-
diosa producción

EL TUNEL

JUEVES

Felipe Derblay

según la célebre novela
de Georges Ohnet, con
Gaby Morlay, Henri Rollán
y León Belieres

LACOMA, S. A.

CONVOCA a Junta General extraordinaria de Accionistas en segunda convocatoria para el día 29 de Septiembre de 1934, a las cuatro de la tarde, que tendrá lugar en la calle Moreto, núm. 17, para tratar del siguiente

ORDEN DEL DIA:

- 1.—Lectura del acta anterior.
- 2.—Dimisión del Consejo actual y elección de nuevos Consejeros.
- 3.—Discusión y en su caso aprobación del convenio con don Pablo Altwegg, de fecha 12 del actual.
- 4.—Asuntos generales.

Madrid, 23 de Septiembre de 1934.
El Presidente del Consejo
de Administración,
Juan González García

● Sr. Empresario:

SILVER STAR FILMS

● con su nueva modalidad para la contratación,
satisfará todas sus exigencias.

● Mallorca, 220 • BARCELONA



Con motivo de la marcha a Hollywood contratada por la Fox, Mr. Horen ofreció un banquete de despedida a Rosita Díaz, al cual asistieron los representantes de la Prensa profesional y personalidades del ramo. Hela aquí, con un grupo de asistentes al acto



Arriba, a la izquierda: Florelle en una escena de «Los miserables», una de sus mejores creaciones. Abajo: Florelle, con Claudio Dauphin, en las sorpresas del coche cama, y la que triunfa rotunda la graciosa y desenfadada de la gran artista francesa. En los círculos tres distintas expresiones fonómicas de Florelle. A la derecha: un sugestivo «deshabillé». • Odette Florelle en «Monsieur madame et Bibi», el delicioso «devil» en que Florelle obtuvo uno de sus éxitos más significados



Odette Florelle

Los anécdotas de la bella cancionista de "music-hall" que ha llegado a "vedette" del cine francés



ODETTE Florelle, la deliciosa vedette, ha llevado a la pantalla francesa la picardía y la travestura, llenas de encanto, de los music-halls y los bulevares parisinos. La biografía de Florelle, harta de latada por su juventud, es rica en toda suerte de aventuras.

• • •

Odette Florelle se halla en Méjico. Un ventajoso contrato como vedette de music-hall la ha llevado al país de Moctezuma. Cierta día, durante una jira campestre, pasea, en unión de varios amigos, por la orilla de un caudaloso río, cuya corriente, en determinados parajes, es impetuosa y se despeña tumultuosamente. Se habla de natación, y Florelle, que no tiene otra vanidad que la de ser una deportista entusiasta, alardea de buena nadadora.

De pronto se oye un grito, al mismo tiempo que una pobre mujer, atormentada, se acerca acongojada a los excursionistas. Su hija, que lavaba junto al río, ha sido arrastrada por la corriente. Corren todos hacia el lugar donde la pobre muchacha, haciendo esfuerzos sobrehumanos, logra a duras penas sostenerse a flote. Los instantes son decisivos porque la chiquilla, si bien agotadas sus energías, y, además, según afirma la pobre madre, no sabe nadar. Hay unos momentos de incertidumbre. Intentar el salvameato es arriesgar la vida. No obstante, Odette se decide, no sin vencer la resistencia de sus amigos, que, una vez más, le advierten del peligro grave a que va a llevarla su abnegada decisión. Todo es inútil. Florelle, despojándose rápidamente de sus ropas, y conservando sólo su escueta camisita, se lanza al agua. Durante unos segundos todos dan por segura su muerte entre el torbellino de espuma en que el agua se deshace al chocar violenta contra las peñas. Florelle, empero, lucha valerosa con la corriente, y logra llegar hasta la pobre naufraga, cuyas fuerzas están ya agotadas. Consigue asirla hábilmente,

y entonces se entabla un doble y espantoso combate: el de dominar el ímpetu de las aguas y el de evitar que las violentas sacudidas en que la pobre muchacha se debate, presa del terror, hagan estériles los esfuerzos de su salvadora, y ambas sean absorbidas por la corriente. El espanto tiene sobrecogidos a cuantos presencian el bello y terrible drama que se está desarrollando ante sus ojos. Unos largos, inacabables instantes ambas se agitan en el agua. Después se sumergen como si, vencidas por el esfuerzo y agotadas sus energías, la corriente hubiese triunfado sobre la que en un valeroso y humanitario alarde pretendía robarles su ya casi segura presa. Pero no; pocos metros más adelante, donde ya el agua pierde su bravura, emerge

Florelle con la chiquilla, desvanecida y casi asfixiada. La pobre madre, sollozante, pretende cubrir de besos las manos en un gesto de inmensa gratitud; pero Florelle, esquivándola, tiéndese jadeante y rendida sobre la yerba húmeda de la ribera, y con la más deliciosa de sus sonrisas dice a sus amigos:

—¡A ver, un cigarrillo! ¿Qué? ¿Soy o no soy una buena nadadora?

• • •

Berlin. Odette Florelle triunfa con su «canción» parisina en uno de los más célebres music-halls de la capital de Alemania.

Cierta noche alguien la insinúa que debería «hacer» cine; pero Florelle, que no piensa en semejante cosa, apenas si presta atención a lo que le dicen. Un periodista, obsequioso, se ofrece a llevarla hasta Pabst, el célebre director. Y sin grandes esperanzas, y también sin grandes ilusiones, va a ver a Pabst. El recibimiento no puede ser más desconsolador. Pabst, con una rudeza bárbara, con una brutalidad insigne, habló así:

—¿Pero está usted loca? ¿Quién le ha dicho que tiene condiciones para el cine? No me sirve usted. Es demasiado... fea.

Semejante acogida, por lo brutal e inesperada, produjo en Odette una fuerte crisis de nervios. Jamás en su vida había oído nada tan bárbaramente desagradable. Mientras ella estallaba en sollozos, Pabst la contempla. Arrepentido, acaso, de su dureza, dice:

—Va usted a hacer un ensayo. No quiero que suponga en mí el deliberado propósito de defraudarla. Venga usted mañana.

Al día siguiente, después de haber estudiado durante la noche y a toda prisa una canción, llega Florelle al estudio, donde, tras de un breve ensayo al piano, habló, cantó y bailó ante la cámara.

Al volver al estudio, pasados dos días, para conocer la opinión decisiva de Pabst, éste salía de la sala de pruebas de asistir a la proyección de la de Florelle. Se encaminó sonriente hacia ella, y dijo:

—Es usted la mujer que necesito. Me he equivocado lamentablemente. Es la primera vez que me ocurre. Perdóneme, y haga el favor de acompañarme al despacho.

Al salir de él, Odette llevaba en el bolsillo un espléndido contrato, y su rostro reflejaba la alegría del triunfo. Su amor propio de artista estaba satisfecho.

OSCAR HEVIA



Una producción excepcional
JOHANN STRAUSS

REALIZACIÓN DE Conrad Wiene INSPIRADA EN LA
VIDA DEL GRAN COMPOSITOR



Interpretada por
MICHAEL BOHNEN
LEE PARRY
Y PAUL HOERBIGER

**"Un corazón
por una canción"**



deliciosa
comedia
realizada
por
KARL HASLER

Interpretada por
KARL HASLER
JARMILA MARTON
ANTON NOVOTNY

FIGARO

EL LUNES
1º DE OCTUBRE

inauguración de la Temporada

CON LA SUPERPRODUCCION



El espectáculo cine-
matográfico más
emocionante del año

LESLIE HOWARD
DOUGLAS FAIRBANKS (hijo)
PAUL LUKAS
MARGARET LINDSAV

WARNER BROS, FIRST NATIONAL

OTOÑO

Número Extraordinario de **crónica** dedicado
al renacer de la vida ciudadana
después del verano

Saldrá en la primera quincena de Octubre

DOBLE PORTADA A TODO COLOR
PINTADA POR FEDERICO RIBAS

Retratos de las más bellas bañistas
en "maillot" presentadas este verano al con-
curso de **crónica**, entre las cuales elegirán LA REI-
NA DE LAS PLAYAS, mediante cupón especial,
los lectores de este Extraordinario.

MAGNIFICAS FOTOGRAFIAS DE ARTE
DE MANASSE, D'ORA Y SCHNEIDER

crónica

EXTRAORDINARIO DEDICADO AL OTOÑO
Cien páginas de humorismo, alegría y arte

PRECIO:

1,50
~

M
arlène
Dietrich





Sinfonía de amor

POR JOHN BOLES
y GLORIA STUART
con un elenco admirable

Un drama magno de inspiración formidable.—Pasión que conforta.—Unos amores de por vida.—Música y canciones que son melancolía suprema, sugestión y goce maravilloso, por JOHN BOLES: «My Beloved», «Forget», «In the Gloaming» y otras.—Cien años de duras pruebas e historia maceran el corazón de dos amantes.—Espectáculo magno.—Producción «UNIVERSAL» fastuosa de vanguardia 1934-35, por PAUL GANGEUN, bajo la dirección magistral de VICTOR SCHERTZINGER.

DASA

DISTRIBUIDORES
ASOCIADOS, S. A.

dará a conocer en la temporada 1934-35 seis superproducciones de la GAUMONT BRITISH

Siempre viva Jessie Matthews	Chu - Chin - Chow Anna May Wong
El Judío Süs Conrad Veidt	
LAS VERSIONES CINEMATOGRAFICAS DE TRES FAMOSAS NOVELAS	
Mademoiselle Zazá Gicely Courtneidge	La ninfa constante Brian Aherne
Dick Turpin Victor Mc. Laglen	

D.A.S.A. Pi y Margall, 17 • MADRID
D.A.S.A. Rambla Cataluña, 8 • BARCELONA

SUPERPRODUCCION
NETAMENTE ESPAÑOLA

LA DOLOROSA

Versión cinematográfica
de la famosa zarzuela del
MAESTRO SERRANO

DIRECCION:
J. GREMILLON

GENIAL CREACION DE
ROSITA DIAZ

EDICIONES P. C. E.
Jorge Juan, 9. VALENCIA

LA GRAN PRODUCCION
DE LA TEMPORADA



HARRY BAUR,
FLORELLE,
CHARLES VANEL,
HENRY KRAUSS,
JOSSELINE GAEL

EN

LOS MISERABLES

DE VICTOR HUGO

EXCLUSIVAS TRIAN.

VALENCIA: 234.
BARCELONA.

LA MUJER FATAL

Y CLARA BOW



Clara Bow, la sugestiva «flapper», paseando por la playa con su can favorito



Clara Bow ha sabido siempre adoptar actitudes y atavíos muy a tono con su fama de mujer fatal

Clara Bow sonríe pícaro e intencionadamente en la foto que ofrecemos al lector al pie de la página



En estos momentos está en todo su apogeo la lucha emprendida por la Iglesia americana en un frente común contra las películas inmorales o anunciadas con inmoralidad. El obispo de Cleveland, que la ha iniciado, ha conseguido poner en movimiento a toda la capital del cinematógrafo, y ya se dice que empiezan a notarse en Hollywood los síntomas precursores del triunfo de la campaña. El reino de las mujeres fatales amenaza venirse abajo con estrépito, y no digamos el de aquellas otras estrellas cuyo éxito radica principalmente en la exhibición de su anatomía.

Esta campaña es, a nuestro juicio, de gran oportunidad para los productores. Ha llegado la hora de renovar el cartel, y se diría que las Ligas de decencia se han reunido para crear el ambiente necesario. Porque, en realidad, la película inmoral no existe. El público no la hubiera tolerado y el instinto comercial de los productores no hubiera dado motivo a la cruzada del obispo de Cleveland. Es verdad que la mujer fatal había llegado al límite permisible en lo externo, aunque en lo interno persistía la eterna moral cinematográfica: castigo del malo y triunfo de la virtud. Pero se había llegado al límite, repetimos, y era el momento de ir más allá o cambiar de rumbo, y esta campaña coincide perfectamente con la necesidad de renovar el cartel.

Hay que abandonar el truco de la mujer fatal. Que Marlène Dietrich cuelgue su desenvoltura de una percha de su camerino, y que Greta Garbo guarde sus besos aniquiladores para mejor ocasión. Los empresarios saben mejor que nadie que sus estrellas necesitan periódicos descansos para evitar que el público se sienta ahito de ellas, y en estos momentos es también necesario el reposo para que engorden un poco, ya que nadie, ni siquiera los padres de familia que componen la Liga de la decencia, cree en los fulminantes efectos subyugadores de estas sombras de mujeres torturadas por la obsesión



Una foto, no muy reciente, de Clara Bow, en la que la famosa estrella simula un gesto entre asombrado y temeroso, bien distinto del pícaro y sonriente que suele mostrar en la pantalla...

Una de las últimas fotografías de Clara Bow. En ella, la deliciosa pelirroja ofrece un semblante lleno de serenidad. Sus ojos, sin embargo, miran con cierto «fatalismo»...

Clara Bow, con Ben Lyon, su esposo. Fué obtenida esta instantánea cuando la célebre artista acababa de contraer matrimonio con el también notable actor...



de la línea. Como se demuestra con el triunfo de la campeona mundial del *sex appeal*, Mae West.

La coincidencia de la campaña con la necesidad de un cambio de rumbo de las Empresas nos recuerda otro momento exactamente igual ocurrido hace poco más de dos años. El caso de Clara Bow, que en pleno triunfo, favorita del público y en el instante de mayor rendimiento de sus facultades, fué apartada del programa y condenada al ostracismo por una temporada que ahora termina. También ahora van a desaparecer en pleno triunfo Marlène Dietrich, Greta Garbo y tantas otras, hasta que el negocio marque la hora de su reaparición.

La historia se repite. Clara Bow fué exonerada por su vida amorosa, que estaba formada, como la de tantas y tantas mujeres del mundo entero, por cuatro amores. En su caso, había, además, mucha publicidad. Publicidad a lo yanqui: sugestiva, provocadora, insistente, y que va desde exhibir en público las intimidades del hogar hasta la total exhibición, sin velos, de la misma interesada. La vida amorosa de Clara Bow fué tema de publicidad desde que la linda *flapper* empezó a amar



hasta que los medios pudibundos de California empezaron a alarmarse. Pero, entretanto, Clara había incorporado veinte o treinta tipos de amorosas, y convenía renovar el programa.

Clara Bow comienza su carrera amorosa con la película *The Plastic Age*. Donald Keith y Gilbert Roland, sus *partenaires*, se enamoran de ella y la asedian. Roland llega incluso a proponer el matrimonio. Y en el acto entra en funciones la publicidad. La noticia es lanzada al mundo entero, y durante un año no abandonan a los amantes en su novela de amor a través de los estudios, de los *cabarets* o de su intimidad. Las necesidades del trabajo les separan. Clara va a trabajar a San Antonio, mientras Gilbert permanece en Hollywood. Y en San Antonio surge otra víctima del flechazo dispuesta a casarse: el *metteur en scène* Victor Fleming. Otra vez funcionan los teléfonos, la radio y el telégrafo de la Associated Press, y consiguen que Roland, lleno de celos, adopte actitudes violentas que la joven estrella no quiere aceptar. Y al terminar su trabajo regresa a Hollywood, donde un nuevo pretendiente, el conocido coleccionista de amores sensacionales, Robert Savage, acude dispuesto a poner fin a su vida de don Juan, ofreciendo también su mano y su nombre. Y con

Roland, que insiste; Fleming, que no ha podido resistir la separación, y Savage, cuya pasión le sugiere ideas suicidas, Clara se encuentra con tres proposiciones matrimoniales, que si para la publicidad son otros tantos motivos de llenar artículos y artículos, para una mujer, aunque sea mujer fatal, son muchas proposiciones.

Dicen los biógrafos de Clara Bow que su viaje a San Antonio lo organizó la fatalidad. Allí terminó el primer gran amor de su vida y allí surgió Fleming. Y allí conoció a Gary Cooper y a Daisy Devoe. Pero el destino no necesitaba representar un papel de primer orden donde estaba el temperamento de Clara Bow. El temperamento, dicen los franceses, y nosotros hemos de llamarlo así, a falta de mejor expresión, aunque parezca eufemismo.

Clara volvió a poco a trabajar con Gary Cooper, quien no puede resistir el segundo encuentro con su compañera. Sin embargo, el idilio duró poco tiempo.

Para descansar, Clara dió un nuevo rumbo a su historia y un nuevo motivo de actividad a la publicidad. Se refugió en la amistad tierna e íntima de la escritora inglesa Elinor Glynn, quien le da una fama que no tenía y la introduce en la alta sociedad cinematográfica. Más de un año debía durar esta amistad. Año de la película *It*. Año de exaltación, de triunfo, de publicidad. Año de escándalo que los publicistas explotan sin temor y la artista acepta sin miedo, porque se encuentra en la cima del éxito.

Una apendicitis la lleva a un sanatorio y un médico se encarga de reconciliar a Clara con el sexo fuerte; pero es casado, y la esposa, ofendida, da a la artista un disgusto inesperado. Una amenaza de proceso y un arreglo amistoso y a la americana, en el que Clara Bow deja sus economías. Para consolarse de su fracaso, recurre a la joven Daisy Devoe, que conoció

en San Antonio como peluquera, y de la que hace su amiga, su secretaria, su confidente. Al mismo tiempo que el temperamento de la artista da nuevos temas a la publicidad.

Y de pronto, la catástrofe: un disgusto con Daisy Devoe. La secretaria desaparece, llevándose la correspondencia íntima y otros documentos de Clara. Amenazas de publicación. Chantaje. Un proceso, y la opinión pública que hace su aparición. Las ligas puritanas la repudian, la señalan con el dedo. Y los empresarios comprenden que los seis años de vida amorosa de Clara Bow han dado bastante de sí. ¿Veinte, treinta films? Clara puede descansar y dejar el paso a otras mujeres fatales con menos films en su haber.

La Liga de la decencia vuelve ahora a dar la batalla a la inmoralidad. Es el momento propicio. Elegido por los empresarios, no hubiera sido mejor. Las mujeres fatales delgadas pasarán a la reserva; se reconocerá la razón de los defensores de la virtud en Hollywood, y volverá a los carteles, para alternar con la campeona del mundo de *sex appeal*, Mae West, la linda Clara Bow, envuelta del cuello a los pies en trajes fulgurantes que cubran su cuerpo carnoso, lleno de redondeces provocativas.

Luis
FERNANDEZ CANCELA



Arriba: Un gesto peculiar y característico de Clara Bow, pleno de la gracia picante y tentadora que ha hecho célebre el nombre de esta bella artista de la cabellera fulva...

Abajo: Gestos de Clara Bow en dos idilios de los muchos que ha fingido en la pantalla a lo largo de su dilatada vida de amadora en el cine y en la realidad...

NORMAN J. CINNAMOND
presenta a

Rafael Arcos
en



EL NIÑO DE LAS COLES

Libro CAPELLA y DE LUCAS
Ilustraciones musicales MITRA y GILLESPIE
Dirección artística CARLOS TARRAT

Dirección
JOSE GASPAR
Segundo a cargo de
F.C.E.S.A. de Aranjuez



UNA
PELICULA
ESPAÑOLA
CON
PROPIA
PERSONALIDAD

Yo cuento para ti

Creación de
CONCHITA PIQUER
Argumento de
RAMOS DE CASTRO
Música del maestro
MODESTO ROMERO
Dirección:
FERNANDO ROLDAN

CONCESIONARIO: **FRANCISCO PUIGVERT**
Arenal, 23. Teléfono 15842. Madrid

DOS PRODUCCIONES ESPAÑOLAS

La traviesa molinera
DIRECCION D'ARRAST

10 días millonaria
DIRECCION JOSE BUCHS

EXCLUSIVAS "DIANA"
PRINCIPE 18 MADRID



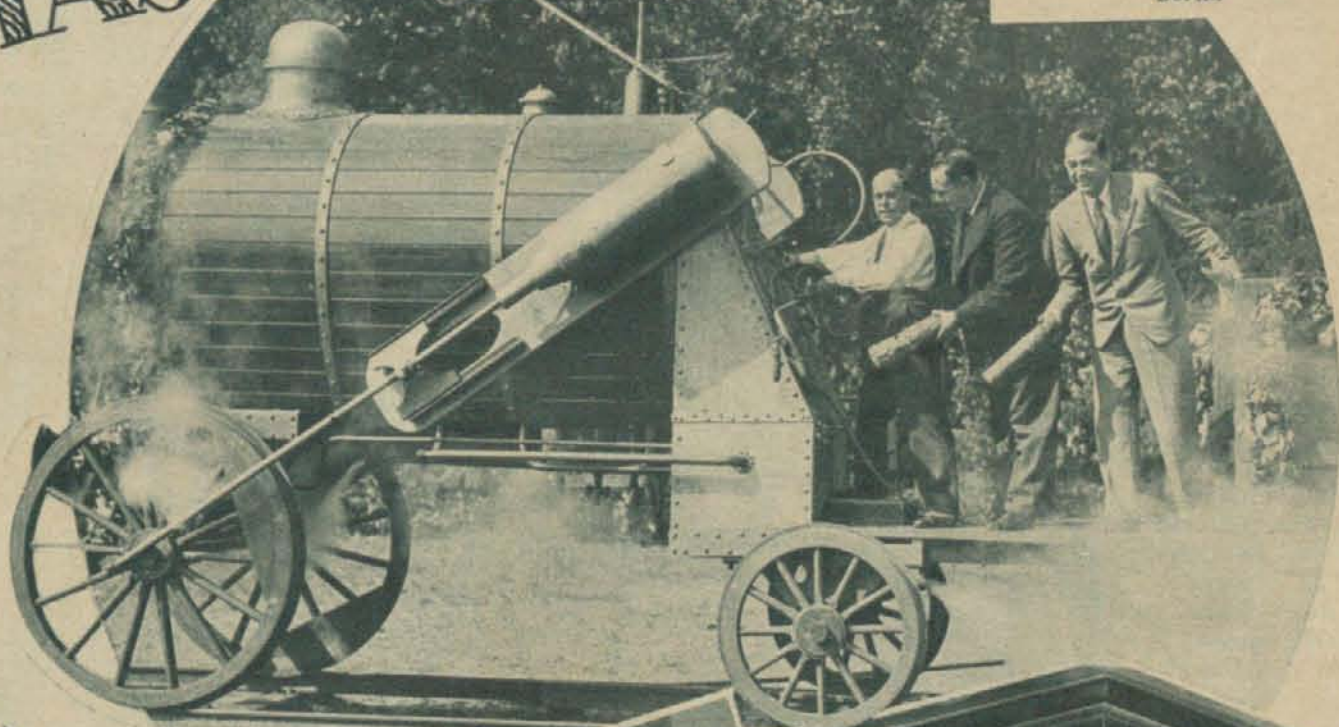
AVENIDA
EL PROXIMO LUNES
INAUGURACION DE LA TEMPORADA
1934-1935

PRESENTA
Anna Sten EN NANA
PERSONAJE CENTRAL DE
LA SUPERPRODUCCION

LA DAMA DEL BOULEVARD
ARREGLO DE LA OBRA INMORTAL DE ZOLA
DISTRIBUIDA POR **ARTISTAS ASOCIADOS**

REMOTAS PROFECÍAS DEL CINE PARLANTE

Francisco Ramos de Castro, autor del escenario de la película española «Yo canto para tí», auxiliado por varios compañeros, logra poner en marcha la locomotora del primer ferrocarril Berlín-Potsdam, que figurará en la película «El amor y el ferrocarril», durante su reciente visita a los estudios de la Ufa en Berlín



Una escena de «Turandot», película de ambiente chino, realizada por Gerhard Lamprecht, en los estudios de la Ufa

Un capricho fotográfico para el que han servido de modelos tres bellas de la Metro-Goldwyn-Mayer



TAN interesante como su historia—ya clasificada en antigua, media y moderna—es la prehistoria del cine, poema de muchos centenares de años en esfuerzos e ideales que duermen frío sueño en archivos polvorientos de todo el mundo.

Están por estudiar y analizar con inteligencia y amor esos tesoros preciosísimos. Hechos e intenciones aguardan su exhumador y cronista definitivo, que haga revivir la trayectoria extraordinaria que va desde la profecía de quien entrevió la reproducción de personas y de cosas con tanta animación que pareciese la vida misma, hasta la realidad deslumbradora de las conquistas contemporáneas; toda la gama de la peripecia y prodigio.

Antes de que el cine fuera mudo, se intentó hacerlo sonoro. Pero antes de que se pensara en aprehender las imágenes, fué anhelo y obsesión de muchos captar y reproducir la voz y el sonido. Nada tan viejo en la historia del cine como la mitología y la profecía del mecanismo que habla.

Sorprenden, en esto como en tantas otras cosas, las leyendas antiquísimas con su valor anticipatorio. Anticipatorio a la vez que conservador, que revelador de orígenes olvidados y difícilísimos.

Es toda una teoría profética común al cine y al fonógrafo. Pues así como en su origen no hubiera existido el invento de los Lumière sin la revelación fotográfica de Niepce y Daguerre, tampoco sería lo que hoy es en su verdad asombrosa sin el fonógrafo de Edison y sus sucesivos perfeccionamientos.

La referencia más antigua conocida acerca de la reproducción mecánica de la voz humana, o bien de la fabricación de algo que se le asemeja de manera notable, consiste en una frase de Anaxágoras, existente en la columna de Memnon, en Egipto, y que dice esta cosa conmovedora: «Una (cabeza) habla con voz artificial, en tanto que la otra escucha».

Más concretas, y bastante más recientes, son las palabras de Jenofonte, en sus *Apomnemoneumata* («Memorabilia»), escritas más de trescientos cincuenta años antes de Jesucristo; alude el his-

Joe E. Brown
(Bocazas) y el negrito
«Farina» colman esta página
de amable optimismo con su risa



Brigitte Helm y Albrecht Schönhals
en una escena de «El príncipe Woronseff»,
que actualmente se rueda
en los estudios de la Ufa

toriador a un persa que vivía en la corte de Darío, y que construyó una máquina que «hablaba fuerte y con voz

cascada, como si la voz viniese del fondo de una cueva». ¡Ni más ni menos que los ensayos iniciales de cine sonoro! Avanzando un poco en el tiempo, encuentra el erudito una crónica latina, en la que se hace mención de un esclavo etrusco, cuyo nombre quedó olvidado, que construyó en Roma, en tiempos de Numa Pompilio, una enorme cabeza que gritaba en tono muy alto el nombre del emperador.

La referencia más explícita y de más deslumbrador acuerdo con las realidades modernas es la que Robert Hart afirmó haber descubierto en una obra clásica que data de hace dos mil años. Es un pasaje sensacional. Se habla allí de una máquina «formada por una caja provista de un movimiento de relojería, que registra sobre un disco todos los sonidos y ruidos que se producen en torno suyo. Si se coloca el disco sobre una placa que le hace girar, se obtiene la reproducción de los sonidos». Esta descripción, que Robert Hart declara con toda formalidad ser copia fiel del texto auténtico, es sorprendente anticipo de la verdad fonográfica y de las primeras películas sonoras, hechas por el procedimiento de registro sobre discos; demasiado sorprendente, quizá—asi piensa Eugene H. Weiss—para ser verdadera.

Algunos investigadores y colectores de curiosidades hablan de que ya en el siglo X, según refieren viejas crónicas, hubo una auténtica cabeza parlante, tallada en bronce por Gerberto de Aquitania, coronado Papa algún tiempo después (año 999) con el nombre de Silvestre II. Y otras crónicas, borrosas también bajo el polvo centenario, cuentan que en el siglo XIII el famoso Gran Alberto, hechicero y mago, construyó un muñeco que se movía y que pronunciaba varias frases. Lo cual ocurría en la misma época en que Roger Bacon, el mismo «doctor admirable» que enunciara la teoría de la linterna mágica en su *Opus major*, escrita en latín en 1267, asombraba a la gente con su extraordinario y mecánico enano hablador.

¿Fantasía legendaria? ¿Realidad? Todas esas antiquísimas descripciones y referencias pueden tener acaso un fundamento de verdad, aunque sorprendida la buena fe de sus consignadores. Probable, y casi seguro, es que desde la más remota antigüedad se haya intentado reproducir artificialmente la voz humana; pero no es menos posible que todas esas máquinas maravillosas anotadas, y otras muchas a las que hacen alusión autores de tiempos lejanos, no fuesen más que amplificadores de palabras y sonidos producidos por personas ocultas. Lo cual, desde luego, no dejaría de tener positiva importancia. Pero los remotos precedentes del cine, más abundantes y curiosos de lo que suele creerse, están llenos de esta clase de maravillas. ¿No está probado que en las ruinas de Herculano se encontró una especie de cámara oscura, y que Fiorini recogió en una tumba una lente de óptica? El tema, sugestivo y confortador, es inagotable.—CARLOS FERNANDEZ CUENCA



Un justo homenaje

Ante el homenaje al creador del Capitol

La iniciativa de un homenaje a don Enrique Carrión ha tenido desde el primer momento el eco más fervoroso en cuantos acusan sobre las páginas de los diarios las horas y los hechos de la vida cinematográfica. Indudablemente, aquella palabra—homenaje— se ha prodigado tanto, se ha gastado con tanta ligereza y se ha repartido con tan evidente falta de ponderación, que ha llegado a perder su sentido verdadero y excepcional. Todos los días, con éste o aquél pretexto, se ofrece un homenaje. Aunque bien es verdad que, en compensación, cada acto de esos—fórmula, interés pequeño y vanidad—cae inmediatamente en el olvido.

Mas si alguna vez hay que dar a un homenaje toda su vieja y bella significación, si alguna vez un homenaje es auténticamente justo y debe tener el perfil de lo excepcional, es ahora, al querer plasmar en hechos la iniciativa de mostrar a don Enrique Carrión la gratitud de Madrid por su obra magnífica. Esa ilustre personalidad merece que la adhesión a él y a todo lo que él significa para el film y para Madrid se traduzca, no en el hecho vulgarizado de todos los días, sino en algo que tenga un relieve y una eficacia mayores.

Va a cumplirse el aniversario de la fecha en que fué inaugurado el Capitol. Aquel día significó ya un jalón en la historia del nuevo Madrid. Madrid, aquel día, dió un paso gigantesco en su camino de gran ciudad del mundo. Fué entonces cuando nuestra capital flirteó con Cosmópolis y cuando las luces de Nueva York se encendieron sobre la villa del piropeo y del mantón. Sobre el mar abigarrado de la Gran Vía —multitud, escaparates, sangre de los anuncios luminosos—avanzaba gallardamente, como un penacho de la vida suntuosa del mundo, la nave magnífica del nuevo edificio. Madrid adquiría de golpe un admirable rango de gran ciudad internacional. Porque no era sólo, con ser tanto, la belleza y la magnificencia del Capitol. Es que este edificio venía a renovar, por lo que significaba de ambiente y de espíritu, las gracias y las elegancias de Madrid. Ese trozo de la Gran Vía que se ampara bajo la gran sombra internacional del Capitol, ¿no es una estampa

nueva en la vida de la ciudad? Terrazas, escaparates, mujeres, han de reflejar, necesariamente, en ese sitio, el estilo nuevo del gran edificio, como si éste proyectase sobre todo lo de su alrededor la influencia de su lujo.

Madrid, de este modo, se completa. Porque sólo espíritus miopes, sordos a la trepidación de tiempo, ciegos para el pasar apasionado de las horas, pueden obstinarse en que nuestra ciudad sea nada más el marco clásico del sainete. La tradición, la calle popular, el nombre de leyenda.

Hay en ello una emoción indudable, una fragancia melancólica de horas lejanas. Pero Madrid, capital de España, no puede resignarse a ser eso solamente. Madrid, como todas las grandes ciudades de hoy, tiene el rostro maquillado y el alma febril. «Renovarse o morir», dice la vieja frase, olvidada de puro sabida. Y nuestra ciudad sólo se renovará añadiendo a su viejo espíritu todas las gracias y todas las audacias del espíritu de hoy. El paso más formidable dado en esa renovación lo marca el edificio del Capitol, faro de la vida nueva de Madrid, gallardete de cemento y de luces, a cuya sombra vive y pasa la parte más bella y más actual de la capital española.

Está hoy—un hoy de años, naturalmente—nuestro país bajo una hora de timideces, de vacilaciones. Calculad lo que significa, bajo ese ambiente, la iniciativa, el esfuerzo y la voluntad de don Enrique Carrión. Calculad lo que es, en un medio acobardado, deprimido, lanzarse a esa maravillosa aventura de dar a Madrid un palacio como el Capitol. Y esto la ha hecho aquel hombre sencillamente, con la admirable sencillez de las cosas excepcionales. Nuestra ciudad, una mañana, al despertar de su sueño de todos los días, se halló con la gran sorpresa. Había anclado en la Gran Vía el Capitol, un trasatlántico que traía a nuestra vida la visión espléndida de los lujosos ambientes lejanos, de las ciudades que son antorcha del mundo. Y desde aquel día—va a cumplirse ahora el primer año—

Madrid se esforzó en adquirir un nuevo tono —las terrazas, los escaparates, las mujeres de aquella parte de la ciudad...—, un estilo nuevo de elegancia y de alegría que rimase con la alegría y con la elegancia que el gran edificio había dado, de pronto, a la capital.

Como el hecho no es, ni muchísimo menos, de todos los días, y tiene el perfil auténtico de lo



Don Enrique Carrión, figura representativa de recio españolismo, que ha dotado a Madrid de una de las más suntuosas y bellas salas de espectáculos de Europa

excepcional, tampoco puede ser el homenaje que se proyecta a don Enrique Carrión el acto vulgar de todos los días, gastado y sin sentido ya. El homenaje ha de ser, a la vez que la adhesión de cuantos se mueven en torno al film, la adhesión de Madrid, a través de sus figuras más representativas, a lo hecho por don Enrique Carrión en favor de nuestra ciudad. Porque la labor de este gran espíritu tiene una triple transcendencia: una transcendencia cinematográfica —la creación de una de las mejores salas de espectáculos del mundo—, una transcendencia urbana—un solo edificio ha dado belleza y tono nuevos a la ciudad—y hasta una transcendencia social, ya que los millones empleados en el edificio han sido y son fuente de trabajo y de actividad.

Certera idea la del homenaje; justo el calor que desde el primer momento ha tenido en todos los sectores cinematográficos. Pero hay que pasar ya desde la zona retórica de los entusiasmos y de los propósitos a la zona viva de las realidades. CINEGRAMAS se pone con su máximo entusiasmo, incondicionalmente, al servicio de la iniciativa. Sus páginas están abiertas para cuanto esté vinculado con el homenaje. Y para hacer entrar a éste en aquel cauce inmediato de las realidades, nuestra revista abre hoy una suscripción para costear y ofrecer una placa de oro a don Enrique Carrión.

Pasará el tiempo. Irán dejando los años su carga de afanes y desencantos. Todo se transformará, y Madrid recogerá, fatalmente, esa continua renovación. Pero siempre habrá un gesto de asombro y de fervor ante lo que ha significado para nuestra ciudad el Capitol. Esta afirmación gallarda y vibrante de un Madrid nuevo seguirá siendo en la Gran Vía el símbolo magnífico de una hora en la vida de la capital. El edificio creado por la voluntad y el entusiasmo de don Enrique Carrión es la más bella y la más suntuosa expresión de este alegre Madrid de 1934. Desde lo alto de aquel espléndido gallardete de cemento y de luces Madrid flirtea con Nueva York.

Castilla Film

dará a conocer en la presente temporada las producciones
BAVARIA FILM A. G. MUNCHEN

El Crucero «Emden»

Las maravillosas hazañas del famoso crucero alemán durante la Guerra Europea.

Interpretes principales: Louis Ralp y Werner Futterer.

El fugitivo de Chicago

con Gustav Froelich, Louise Ulrich y Lil Dagover.

Dirección: Johannes Meyer.

Su Alteza el General

Deliciosa opereta. Música de Maurice Dietrich.

Con Ivan Petrovitch, Elga Brinch y Betty Bird.

Dirección: Eugen Thiele.

El Bastardo

con Herta Thiele y Gustav Diessl.

Cristina la rubia

con Karin Hard, Rolf Von Goth y Teodor Loos.

El maestro detective

con Eri Bos, Hans Stuve, Fritz Kampers y Rolf Von Goth.

La codicia del oro

con Gustav Diessl y Franzis Blotzer.

Atlantic Hotel

con Anny Ondra y Mathias Wiemann.

Amor imposible

con Richard Tauber, María Solveg y Paul Hörbiger.

El misterio del Castillo Terocky

con Werner Futterer y Mathias Wiemann.

Avenida Eduardo Dato, 29

MADRID

Febrer & Blay

PRODUCCIONES
INDEPENDIENTES

Un film de D. Kirsanoff, con Dita Parlo y G. Vital.

Rapto

Adaptación de la obra «La separación de razas».

Una formidable producción de verdadero cinema.

El 96 de Caballería

Un maravilloso vodevil militar y musical.

Un film para todos los públicos.

Con Lucien Baroux, Fernandel, Betty Stockfeld, Pierre Brasseur y Raymond Cordy.

La Virgen de la Roca

Un film especial.

Con Collette Darfeuil y Madeleine Guitty.

Bouboule 1.º, rey negro

Una insuperable interpretación del as de los cómicos Georges Milton.

SUCURSAL EN MADRID:

Avenida Eduardo Dato, 29



BAVARIA FILM
A. G. MUNCHEN

R
rostros
del
cinema
europeo



KÄTHE
DE NAGY

BRIGITTE
HELM

UN MADRILEÑO a la conquista de HOLLYWOOD: Valentín Parera

Valentín Parera
en un momento
apasionado con
Rosita Moreno,
su predilecta
«partenaire»



¿Pero es posible?

Si no es de Madrid—que no lo recordamos, la verdad, en este momento de la ausencia y de la distancia del «tipo», merece serlo. Y lo es de derecho. Valentín—*Valito* en su intimidad, que pocas personas han disfrutado—era una de las instituciones de la calle de Alcalá. Un parroquiano furibundo del desaparecido Savoia, café precisamente muy a la italiana—cómicos y danzantes, «castigadores» y entretenidas—; de la Granja del Henar, incluso de la Maison Dorée, hoy albergue de la clientela «savoiana»... Pasaba erguido, sonriente, luciendo sus ternos cortados por Gregorio Martín, fumando tabaco corriente—nada de desniveles en su vivir metódico—y rodeado siempre de una mosconería adulatora y «gorrona».

Le sonreían las modistillas.

—¡Ahí va Valentín! ¿Verdad que no es viejo, como dicen?

No; no era viejo. Ni lo es ahora. Ni lo será nunca. Su edad no existe. Su equilibrio físico, su maravillosa conservación a través del tiempo—y del espacio, ya que dió el

salto definitivo hacia la fortuna—, le convierten en un personaje de misterio, poseedor del filtro mágico del conde de Cagliostro. En el film *Yo, tú y ella*, Parera ha venido, ha vuelto este invierno a su Madrid.

Hemos acudido a su cita amistosa de la pantalla con algo de temor. Toda o casi toda su «peña» se hallaba en el Colisevm, a recordar aquellas tardes de Molinero, en el rincón llamado «de los

Lejos de los falsos soles de los «sets», Rosita Moreno y Valentín Parera reciben en la playa de Malibú la caricia confortadora y tonificante del auténtico sol, radiante y deslumbrador...

He aquí el rostro de Valentín Parera, el madrileño que ha realizado la ardua conquista de Hollywood



de solterón con los amigos y que se reía del matrimonio como de un contrato estúpido y esclavizante. El mismo. Casados pomposamente en Niza, con asistencia incluso del genial Charlie Chaplin, su vida—su pareja de fuerte contraste—tomó un rumbo de arte y de amor enlazados: Europa, Conciertos. Fiestas. Cruceros. Excursiones. Y en todas partes, por un milagro tan español de asimilación, Parera, el marido nuevo, recién estrenado, no fué nunca «el marido de la estrella». ¡Ah! Por algo se es madrileño por derecho propio y se han desgastado muchos tacones por la calle de Alcalá, olimpo del casticismo hispano. Grace Moore no había tropezado nunca con un hombre tan simpático ni tan poseedor de resortes de amenidad, en la vida íntima, en la que puede experimentarse esa espantosa «soledad de dos en compañía» que descubrió Campoamor. Parera le hacía amable cualquier rato a solas, y luego sabía estar correcto ante gente, sin caer en lo empalagoso ni en lo indiferente con ella.

Valentín, madrileño «cien por cien», es un marido modelo, un marido ideal para una mujer tan internacional como Grace Moore. ¡Vivir para ver! Y creer.

La conquista de la Gran Coqueta

Esta Gran Coqueta es, lectores, la pantalla. Pero la pantalla animada de seres, marcas y ti-

tulos de Hollywood. La conquista de esa Gran Casquivana tuvo dificultades para Valentín Parera, a quien alguien llamó nada menos que «el moderno Max Linder» por sus cualidades finalmente cómicas de intérprete siempre vestido a la última. Pero el talismán de nuestro héroe no podía fallar. Y al volver del brazo de una artista famosa e influyente, se le abrieron las mismas puertas que antes permanecieron herméticas.

Sólo que él no quiso engañarse a sí mismo ni tomar la revancha con precipitación. Parera sabe mucho del mundo, de «gramática parda», como él dice. Y aguardó el momento propicio y personal: un pequeño papel de prueba en un film de Martínez Sierra. ¡Como si no fuera el marido de su mujer! Y eso le ha dado el triunfo. Su modestia y su simpatía—llámese suerte, si se quiere—, unidas al mérito de su desenvoltura de actor de vena original ante la cámara sonora, han obrado el milagro. Los críticos se fijaron en su corto papel. Los dirigentes, también. Y después de haber filmado con Raoul Roulieu *Los granaderos del amor*, se le propone para estrella masculina de la Fox, dándole el protagonista de *Deshabillé*, película que rueda actualmente junto a Rosita Moreno. Ya está limpia su ruta cinematográfica. Y ahora es verdaderamente feliz Valentín Parera, el madrileño que ha sabido conquistar a Hollywood, la Gran Coqueta.

pocos», frecuentado por él, Gimeno, Carranque de Ríos, Morales, Perojo, Arnedillo, Elías y Pesquera. Y la proyección, desde Hollywood, nos devolverá un íntegro Valentín, más madrileño que nunca, suavemente cínico, elegante con sobriedad; ¡lo mismo que en *El negro que tenía el alma blanca* y que en *La condesa María*, sus éxitos definitivos. Junto a Catalina Bárcena, Rosita Moreno y Luis Alonso, Valentín Parera sonreía con idéntica juventud que cuando saludaba a un amigo frente a Negresco. ¿Pero es posible?

Hay un sino, señores

Y es que hay un sino, señores. Un sino que nos marca aquello que hemos de ser y dónde hemos de llegar. Se nace de pie, sentado o contra una pared, o sea estrellado. El sino, el Destino, el Hado, existen, y por algo explotan los quiromantes y las echadoras de cartas el estudio de sus herméticos designios. Valentín Parera es un hombre de suerte. Hasta cuando no la tiene. No hay sino recordar su «caso» con Grace Moore, la eximia soprano yanqui. Volvía Parera de Hollywood pensando en quemar sus naves—su afición cinematográfica—, como Hernán Cortés. No había podido hacer nada en la Meca del celuloide, porque decían «que se parecía demasiado» a John Gilbert. Había paseado su indolencia por los estudios, recordando y amando a Madrid con toda su alma. Y volvía sin bagaje de triunfo. Por vez primera en su vida aventurera, dudando de su «estrella», que una gitanilla le predijo radiante. Y cuando en una fiesta del paquebote de regreso—el *Ile de France*, como fué el *Cleveland* el que llevó a Valentino—llegó la hora del champaña, él lo bebió triste, y se bebió una lágrima varonil, al mismo tiempo exprimida por su dolor de fracasado sin lucha. Y precisamente en aquel momento angustioso unos ojos de mujer le acariciaban y le deseaban. Grace Moore cayó en sus brazos, después, a la hora del baile. Y se prometían en matrimonio. Grace Moore, millonaria y célebre, era el hada buena, la madrina encantada que surgía, porque hay un sino, señores. Y con Valentín Parera el Destino puede gastar bromas. Pero nada más.

¡El marido ideal!

Un marido ideal, según la propia Grace Moore, es Valentín Parera, el hombre que alardeaba



Un descanso en el trabajo. Valentín Parera posa ante el fotógrafo. Le acompañan en la foto Rosita Moreno, Andrés de Segura, miss Morren, José López Rubio y Miguel de Zárraga...

Adrián, el famoso modisto de las "estrellas" de Hancuilandia

HABLA PARA LAS LECTORAS DE "Cinegramas" Y DETERMINA EN QUÉ CONSISTE LA VERDADERA ELEGANCIA FEMENINA

El cine, para muchas espectadoras, es simplemente un espectáculo amable y entretenido, al que concurren sin otro propósito que el muy plausible de pasar el rato. Para otras, en cambio, tiene el incomparable atractivo de ser una insustituible escuela de elegancias, y a él asisten ávidas de conocer los dictados que impone la Moda, deidad a la que rinden culto ferviente todas las mujeres.

Para un espíritu un poco observador, nada tan divertido como escuchar los contradictorios comentarios que en las mujeres suele suscitar la aparición en la pantalla de una de esas artistas a las que la fama ha otorgado el título de elegantes.

—¡Qué atrocidad! Pero, ¿cómo se atreverán a llevar eso?—dice una.

Otra, en cambio, opina:

—¡Lindísimo! No he visto nada tan *chic*. Me encargaré uno igual.

«Eso», según la despectiva denominación de la primera espectadora—de belleza y juventud muy discutibles—, era un sombrero elegantísimo que realzaba la hermosura de la *star*, y que a la segunda dama «opinante»—muy guapa, por cierto—le había parecido lindísimo. ¿Cuál de las dos tenía razón? ¡Vaya usted a saber!

Esta pequeña anécdota, rigurosamente histórica, confirma una vez más la popular y vieja frase de que «sobre gustos nada hay escrito».

De todas suertes, como el tema de las elegancias femeninas es



siempre sugestivo para la mujer, y a ella nos dirigimos especialmente en estas líneas, hemos querido conocer la opinión de una indiscutible autoridad en la materia, y nos hemos dirigido a Adrián, el famoso modisto, autor de tantas admirables creaciones de la Moda y poseedor de los más intrincados secretos plásticos y estéticos de las más famosas *stars* yanquis...

—¿En qué tipo de mujer se acusa más particularmente el signo de la elegancia?—le hemos preguntado

—Las mujeres no exclusivamente bellas son las que visten con más *chic* hoy día. Las dictadoras de la Moda son siempre mujeres de gran inteligencia, factor indispensable en la verdadera elegancia. Jamás he conocido una mujer que por el solo hecho de ser bella haya dictado normas para la Moda.

—De todos modos, ¿una mujer bella estará siempre más cerca de la elegancia que una que no lo sea?

—Nada de eso, amigo mío. La belleza es a menudo una desventaja. Una mujer de talento, aunque de facciones irregulares, es más fácil de vestir elegantemente que la simplemente bella. Claro es que al hablar de irregularidad de facciones no quiero significar fealdad... Pretendo expresar con ello que su atractivo sea distinto del que consideramos indispensable para la portada de una revista o para las *girls* de un coro..

—¿Y no suele darse el caso de que





muchas de esas mujeres cuya inteligencia exalta usted propendan a la extravagancia?

—Sin duda alguna. Pero yo me he referido sólo a mujeres verdaderamente inteligentes, de elegancia innata y buen gusto personal, no a las muchas que creyéndose inteligentes no pasan de ser, como usted dice, extravagantes. Por otra parte, ¡qué magníficos resultados se obtendrían si las mujeres atendieran esencialmente a concentrar la atención de su vestido en una nota determinada! Porque es evidente que si se pretende hacer resaltar varios detalles, la idea esencial del modelo pierde intensidad y el conjunto resulta un conglomerado de pésimo gusto.

—No obstante, para una rica será siempre más fácil acercarse a lo *chic* y distinguido que a una que carezca de medios económicos, ¿no?

—¡Nada de eso! El buen gusto y las aficiones elegantes, en cualquier aspecto de la vida a que la elegancia pueda ser aplicada, nacen siempre con el individuo en cualquier medio social.

—Y ahora—añadió Adrián—quiero hacerle algunas consideraciones, a modo de consejos, en este sentido, para que usted las trasmita a sus lectoras de CINEGRAMAS.

—Le escucho atentamente.

—Veamos: Todas aquellas mujeres que por sus limitados medios económicos no pueden disponer de muchos vestidos, deben procurar a los que posean la máxima sencillez. Y cuando vayan de compras no deben perder el entusiasmo, sino tener siempre muy en cuenta

que los vestidos demasiado vistosos fatigan pronto.

—Ahora, amigo Adrián, permítame una pregunta importante: ¿Debe la mujer verdaderamente distinguida adoptar, sin previo estudio, las nuevas leyes de la Moda por el sólo hecho de ser nuevas?

—¡No, por Dios! ¡Qué desatino! Ninguna mujer de mediano sentido puede cometer semejante atrocidad. Los caprichos de la Moda no deben ser adoptados sino después de comprobar que la evolución tiene algún fundamento, que persigue algún fin. Nunca debe olvidarse (y esto sí que debieran tenerlo presente todas las mujeres) que *lo que le sienta bien a una mujer es mucho más importante que lo que está de moda.*

—Una última pregunta: ¿Son prácticamente utilizables en la vida común las creaciones que las artistas suelen lucir en la pantalla o en el escenario?

—Sí, casi siempre. Respecto al cinematógrafo, hay que reconocer que las modas que en él se lucen son cada vez menos espectaculares.

Y añadió:

—De todo lo que hemos hablado, la mujer debe sacar esta única enseñanza: las normas definitivas y esenciales de la elegancia, son éstas: *personalidad* y *buen gusto*. Sin ellas, ninguna mujer, pobre o rica, guapa o fea, podrá ser verdaderamente elegante, dando a este hermoso vocablo su más bella y alta acepción.

RICARDO VALLS



Robert Montgomery y Elizabeth Allan en un momento escénico de la interesante producción «El misterioso señor X», que se estrena mañana lunes en el Cine Capitol



CAPITOL



*estrena mañana lunes
la sensacional producción*

EL MISTERIOSO SEÑOR X

*por Roberto Montgomery
Elizabeth Allan
y Lewis Stone*



**PRECIO ÚNICO
3 PESETAS**

Vuestra Majestad y un soberano extranjero. En ese caso, vuestros súbditos se mostrarían deliberadamente hostiles.

Cristina sonrió levemente.

—Mis súbditos no tienen motivo para inquietarse. No pienso en el matrimonio.

—Sin embargo—insistió Oxenstierna—, hay un pretendiente del que Vuestra Majestad me permitirá que

filósofos, los artistas, los sabios, se esfuerzan cada día en perfeccionarlo, cada uno en su esfera. ¿Por qué no hemos de hacer los reyes otro tanto? Los pueblos siguen ciegamente a sus jefes cuando ellos les conducen a la muerte. ¿Por qué no han de seguirles con entusiasmo cuando los conduzcan hacia un ideal de paz, belleza y libertad?

—Todo eso, perdóneme Vuestra Majestad, son uto



... Todos mis pensamientos, toda mi energía, todos mis sueños, también, pertenecen a mi pueblo. Nadie puede exigirme más. Pero no quiero casarme, y ninguna fuerza humana me obligará a ello.

le hable de nuevo. El príncipe Carlos es para vos el esposo predestinado.

La reina no pudo reprimir un gesto de enojo.

—¡Oh, siempre el mismo eterno sermón a propósito de mi primo! No comprendo por qué he de preferirlo a todo el mundo.

—Es un héroe.

—Un héroe que se ha distinguido en los campos de batalla. De acuerdo. Pero no me entusiasma, ya os lo he dicho, hablar continuamente de armas y de guerras.

—Las armas han forjado la grandeza de Suecia, Majestad, y vos no podéis hacer que el mundo sea de otra manera.

—¿Y por qué no?—replicó ella animándose—. Los

pías. Europa no es otra cosa que un campo de batalla. Vuestra Majestad se debe a Suecia, a sus deberes de reina.

Cristina se dirigió a la ventana, y suspiró.

—¡Nieve, siempre nieve! Me habláis de mi deber, ¿no es eso? Pues bien: yo consagro al servicio de mi pueblo mis días y mis noches. Estoy tan embargada por mis ocupaciones, que si quiero concederme el placer de leer un poco para mí misma, he de hacerlo en el momento en que los otros reposan. Todos mis pensamientos, toda mi energía, todos mis sueños, también, pertenecen a mi pueblo, pues hasta cuando duermo son negocios de Estado los que hacen seguir trabajando inconscientemente a mi cerebro. Nadie puede exigirme más. No quiero casarme, y ninguna fuerza humana me obligará a hacerlo.

Oxenstierna vaciló un momento, y después dijo gravemente:

—La última batalla nos ha costado diez mil hombres, cuatro mil caballos y doscientos cañones.

Estas cifras parecerán hoy muy poca cosa en comparación de las matanzas que representan las batallas modernas. Pero en aquella época unas pérdidas como las que acababa de anunciar el canciller significaban un desastre enorme. Cristina movió la cabeza.

—Con algunas victorias como ésta no quedará un soldado de nuestra raza. Tendremos que guerrear con mercenarios.

—¿Qué importa—hizo notar el canciller—, puesto que el enemigo, que será definitivamente abatido, ha de pagar los gastos? Pero mientras llega es día he hecho votar nuevos créditos para proseguir la lucha, y el gran tesoro dará detalles a Vuestra Majestad.

—Los detalles importan poco. Me basta con saber que esta guerra, que se eterniza, constituye para mis súbditos una carga insostenible.

—El Parlamento—intervino Magnus—aprobará sin obstáculos todos los gastos que origine la situación.

—Al mismo tiempo—insistió Oxenstierna—recuerdo humildemente a Vuestra Majestad que el pueblo aspira a ver pronto a su reina casada con un príncipe de su sangre, de cuyo real linaje nazca un príncipe heredero, descendiente en línea recta de sus reyes.

Tampoco esta vez contestó Cristina a la directa alusión del canciller.

—Ha llegado la hora—dijo ella—de marchar al Parlamento. Id vosotros delante y anunciad que yo me presentaré enseguida para dispensar a mi primo la acogida que merece...

El canciller y el tesoro se inclinaron ante esta orden de la reina. En el momento en que Oxenstierna franqueaba el umbral de la puerta, el conde

Magnus murmuró rápidamente al oído de la soberana:

—¿Qué intenciones son las vuestras? ¿Es que os vais a casar de veras con el héroe nacional?

Ella, con el rostro impassible, le midió de pies a cabeza.

—Sois muy indiscreto, Magnus—dijo secamente—. No tengo tiempo de daros explicaciones sobre mis proyectos.

El conde se mordió los labios; pero se inclinó respetuoso.

Para marchar al Parlamento, la reina Cristina quiso conservar su traje de caballero. Entre las aclamaciones de la concurrencia tomó asiento en el trono.

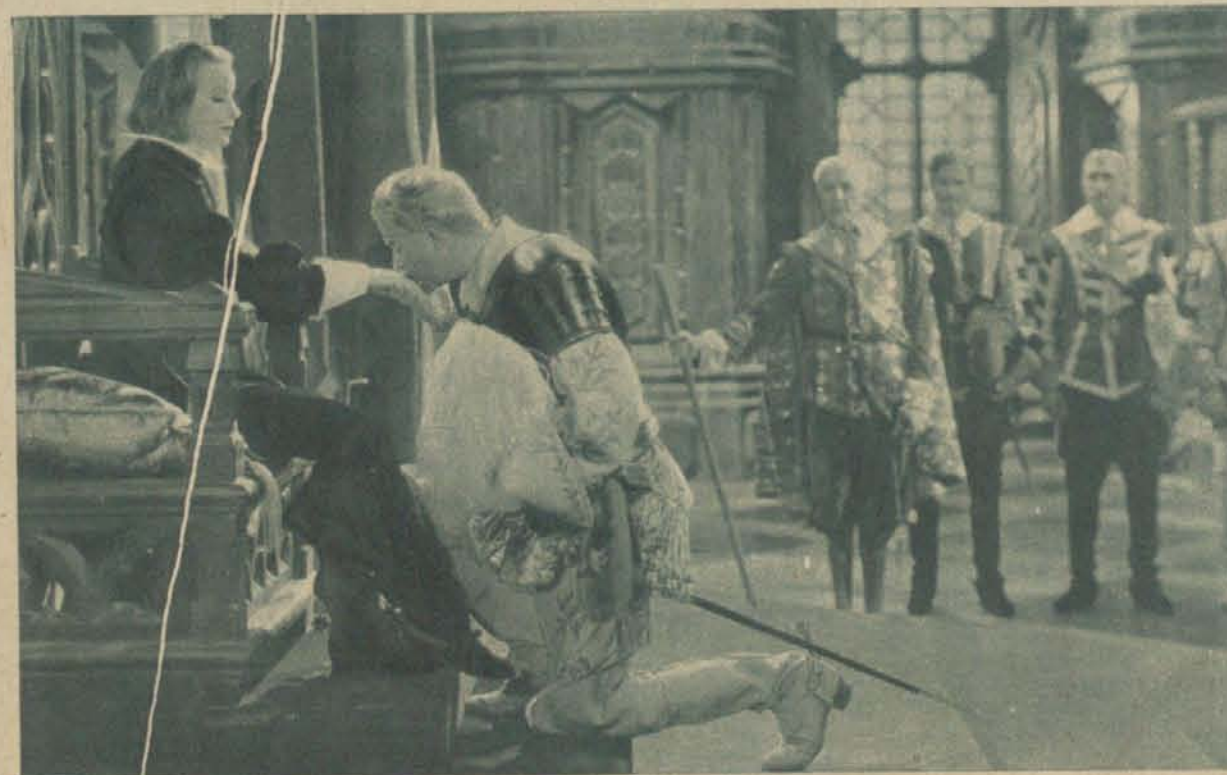
De buena estatura, el rostro enérgico y todavía joven bajo una opulenta cabellera que empezaba a volverse gris, el príncipe Carlos Gustavo vino a doblar una rodilla delante de la reina y a besarle una mano que ella le tendió. Pero enseguida, con un gesto gracioso, Cristina le invitó a levantarse y, levantándose ella también, le acogió con un abrazo.

—Estoy orgullosa de ti—le dijo—, y toda la Suecia te agradece la gran victoria que acabas de conseguir. El recuerdo de tus brillantes servicios no se borrará jamás de nuestra memoria.

—No hice más que cumplir con mi deber—respondió el príncipe con simplicidad—. Ningún sacrificio me parece grande cuando se trata del servicio de Vuestra Majestad y de la gloria de nuestro pueblo. El enemigo está en plena retirada, y nuestras banderas ondean victoriosamente en los campos de batalla que él abandona.

Oxenstierna juzgó propicio el momento para recordar cuánto importaba obtener de la victoria todas las ventajas posibles.

—Es preciso—dijo—proseguir hasta el fin lo que



Carlos Gustavo besando la mano a su prima



... presidía los Consejos, estudiaba cuantos asuntos le sometían, redactaba por sí misma los términos de los Tratados...

comenzamos en el reinado de vuestro difunto padre y no dar cuartel al enemigo hasta que desarme al último soldado.

—Apruebo esa resolución—exclamó un anciano de luenga barba blanca, que era jefe del Consistorio—, porque la Suecia combate por su fe y por su Dios.

Cristina había pensado más de una vez que el fanatismo que animaba a los altos dignatarios de la Iglesia reformada era excesivo. Y observó:

—Dios es a menudo invocado en muchos países de Europa en estos últimos tiempos, señores. ¿Creen ustedes que el Dios de nuestros enemigos se niega a oír sus plegarias?

El viejo pareció escandalizado:

—Permitidme, Majestad, observar que cuando los papistas invocan el santo nombre de Dios cometen una blasfemia.

—Yo quisiera, señores, creerlo así.

Como numerosas voces de los representantes de la nobleza y del Ejército se elevaban para mantener la resolución de que el príncipe Carlos sostuviera hasta el fin una lucha encarnizada contra el enemigo, el príncipe les agradeció su generoso apoyo, y entre

aclamaciones proclamó que por la gloria de su graciosa soberana y de su país volvería al campo de batalla con nuevo entusiasmo y mayores bríos.

Pero la reina se levantó.

—Todos habéis hablado—dijo—. He oído a los representantes de la Nobleza, del Ejército y de la Religión, y también he oído a mi noble primo. Sin embargo, nadie me ha dicho lo que piensan de la guerra los campesinos, los aldeanos, los humildes, que también forman parte de mi pueblo. Yo sé que ellos no se rebelan, que parten dócilmente, que marchan cuando se les ordena. Pues bien: yo declaro que esto no puede, no debe durar más tiempo. En la vida hay otras cosas que hacer más interesantes que la guerra. El pueblo sueco combatía cuando yo todavía estaba en la cuna, y la lucha que él sostenía entonces comenzó mucho tiempo antes. Basta ya. Voy a pedir a las Potencias que designen representantes para que con los míos se reúnan en un Congreso y acuerden las condiciones de una paz honrosa.

Muchas voces se elevaron para protestar. Los militares deseaban obtener nuevos triunfos. El jefe del Consistorio exclamó:

—Los papistas nos rodean por todas partes. No conviene dejarles respirar hasta que los tengamos a nuestros pies.

Cristina, impasible, dejó pasar los clamores. Permanecía sorda a las instancias de Oxenstierna y de Magnus, lo mismo que a los argumentos del príncipe Carlos, que no quería que se detuviera el avance de sus tropas.

Después, con voz firme, remarcando las palabras, sin alardes oratorios, pero con irresistible firmeza, habló Cristina otra vez:

—¿Pensáis, pues, los unos y los otros que vais a suprimir de la superficie de la tierra a todos aquellos que no piensan como vosotros? Esto, a mi entender, es una loca ambición. Sólo habláis de saqueos, de asaltos, de banderas y cañones. ¿Pero qué hay detrás de esas palabras? Cadáveres y ruinas por todas partes. ¿Queréis que Suecia se levante vencedora sobre una Europa devastada? Entonces nuestro pueblo no será más que una isla solitaria en medio de un inmenso Océano de muertos. Me arredra el pensarlo. Yo quiero para mi pueblo el honor y la paz. Yo quiero que él viva y respire. ¡Yo quiero la paz, he dicho, y la impondré!



... y se desayunaba sin dejar de leer, mientras el viejo escudero, con la habilidad de una camarista, peinaba los alborotados cabellos de su soberana...

La voluntad de la reina se impuso sobre todas las resistencias más o menos patentes, y comenzaron las negociaciones de la paz entre las Potencias beligerantes. Después de un largo período de discusiones se llegó a un acuerdo por el Tratado de Westfalia, que puso fin a una guerra que había ensangrentado a Europa durante treinta años.

Mientras, la hija de Gustavo Adolfo continuaba consagrándose con el mismo ardor y la misma tenacidad de siempre a todos los múltiples deberes de su ardua misión.

Ella estudiaba personalmente cuantos documentos le sometían; redactaba los términos de los Tratados; recibía en audiencia a los embajadores de las Potencias extranjeras, y su fino instinto diplomático lograba mantener en equilibrio todas las ambiciones que gravitaban sobre su reino.

Se ocupó asimismo de dar instrucción a su pueblo e hizo abrir Universidades y escuelas. Ni una sola decisión adoptaban sus ministros sin que ella la hubiera examinado antes.

Cristina conservó al mismo tiempo su afán de aprender, su curiosidad insaciable que la llevaba a recorrer así los dominios de la Historia como los de las Bellas Artes y la Literatura. Se entregaba a pro-

fundas lecturas, y sentía tanta admiración por los escritores de genio que ilustraban las letras francesas como por los pintores que constituían el orgullo de España e Italia.

Con frecuencia, cuando su fiel Aage penetraba en la cámara real en las primeras horas de la mañana para llevarle, sobre una bandeja, un frugal desayuno, ya la encontraba despierta y entregada a la lectura de algún libro.

Si el buen escudero se atrevía a hacerle observar que madrugando tanto comprometía su salud, ella respondía, de buen humor, que tenía tan poco tiempo libre, que procuraba perder las menos horas pos-

sibles en la inactividad del sueño. Así diciendo, se envolvía en una bata, mientras que el viejo escudero iba a depositar la bandeja sobre una mesa; y así vestida, corría a abrir una ventana baja que daba a una amplia terraza. Allí respiraba con delectación el aire puro. Y si era invierno y había nieve, se inclinaba para coger algunos puñados y frotarse a manos llenas el rostro. Tal era su ablución preferida. Luego se instalaba en la mesa y desayunaba sin dejar de leer, mientras el viejo escudero, con la misma diligencia y habilidad de una camarista, pasaba con precaución el peine sobre los alborotados cabellos de su soberana.

En una existencia tan laboriosa como la de la reina había tiempo también, según se murmuraba, para las aventuras y caprichos amorosos de que ya hemos hecho mención. Aunque pasaban meses y años, el canciller Oxenstierna, por su parte, no renunciaba a ver realizado el casamiento que su política y su adhesión al trono le hacían considerar como necesario.

Un día, después de una sesión del Consejo, en la que se había tratado principalmente de la próxima llegada de un enviado extraordinario del rey de España, el canciller, que se quedó solo con la reina, observó:

—He de llamar especialmente la atención de Vuestra Majestad sobre la situación delicada que va a crear la llegada del embajador de España. Suecia representa en Europa el baluarte del protestantismo, y España, por el contrario, es el campeón del papismo a ultranza. Llega el momento de mostrar una gran cortesía, a la que ha de mezclarse, naturalmente, una disimulada reserva.

—Ya sé, ya sé.

—Debo añadir que el pueblo manifiesta alguna inquietud por esta visita. Teme que ella sea pretexto para negociaciones de una alianza matrimonial entre

WARNER BROS.
FIRST NATIONAL

W
O
N
D
E
R



KAY
FRANCIS

DOLORES
DEL RIO

AL
JOLSON

RICARDO
CORTEZ

DICK
POWELL



D
A
R



ESPECTÁCULO COLOSAL E INÉDITO.

Filmofono presenta



UN CRIMEN EN LA NOCHE



un film de **PABST**